

**Audiolibro Invasi N M Van Der  
Meersch 3 Parte Cap Tulos Iii Iv V**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Harper Ibarra (Socastee)** - - - - TERCERA PARTE. Capítulo Tercero. 2. Por un estrecho camino encajonado entre dos taludes de tierra, a campo traviesa, Annie Mouraud y su prima Antoinette Fontcroix se acercaban a la frontera, procedentes de Mont-a-Leux, para cruzarla. Annie trabajaba por su cuenta. Desde hacía mucho tiempo, en casa de los Mouraud, como en la de muchos otros, la miseria había hecho desaparecer el espíritu familiar. Cada cual vivía para sí, después de haber convertido la existencia en un concepto ferozmente solitario y egoísta. Las coladas no producían ya ninguna ganancia. Georges Mouraud, el hermano de Annie, seguía frecuentando la escuela, ambiciosamente alentado por su madre, que se mataba para él. Y Annie, forzada a desenvolverse por sí misma, vivía como podía, cosiendo un poco y pasando de contrabando mercancías que luego revendía. Antoinette hacía lo mismo, aunque para la tienda de su madre. Edith no hallaba ya nada que comprar o vender. Pero un kilo de patatas, que en Roubaix se pagaba a doce francos, costaba veinte céntimos en Bélgica. Antoinette, tentada por la ganancia y sobre todo por el peligro y la atracción de una aventura todavía inédita para ella, había suplicado tanto a Edith, que finalmente su madre la había dejado marchar. El contrabando bajo la amenaza de los fusiles de los centinelas era para Antoinette una verdadera excursión de placer y vivía así una página de novela. Quería volver a entrar en Francia, pasando entre Mont-a-Leux y Wattrelos, en el lugar donde un curso fangoso de agua (lo que en el Norte llaman un riez) forma la frontera. Era el mes de febrero y el deshielo había hecho por fin su aparición, un deshielo diluviano, después de aquella espantosa helada que había durado todo el invierno de 1917. Hacía cuatro días que estaba lloviendo. Un viento borrascoso soplaba del Noroeste, ininterrumpido y tan compacto como una masa material. El paisaje que se ofrecía a los ojos de las dos caminantes era gris y triste. Apenas se distinguían los caseríos, la sinuosa vía férrea, la fábrica que se destacaba a lo lejos; todo ello se desvanecía tragado por la llanura húmeda, terrosa, de color castaño y verde, cortada por canales y por acequias, chorreante, empapada, colmada de agua. Un chapoteo general ascendía de la tierra: era el rumor de toda aquella agua deslizándose, corriendo, desplegándose, renovando al mundo. Y encima, el cielo, un cielo de cataclismo, invadido por un tropel de nubes tumultuosas, despachurradas, amontonadas, que hacían avanzar en gran confusión sus batallones de vapores al asalto de horizontes agitados, bajo el soplo de la tempestad, dejando caer aquí y allá lluvias torrenciales que se precipitaban sobre el paisaje, como negras trombas compactas. El cielo estaba iluminado por un débil resplandor: la claridad lívida del cielo de Flandes en febrero. Y el rumor persistente del cañón lejano se armonizaba con aquel cuadro de apocalipsis, con aquel cielo épico que hubiera hecho soñar a un Ruysdael y bajo el cual, indiferentes, habituadas y a ciegas, andaban Antoinette y Annie, minúsculas siluetas solitarias, a lo largo de un camino de tierra parda que atravesaba la llanura entre el reflejo de dos canales que la flanqueaban por sus lados. Habrían andado una media hora a campo traviesa cuando a lo lejos, sobre la línea del horizonte que formaba como un vago trazo rectilíneo sobre dos inmensidades color gris, apareció la aglomeración de un caserío. De una chimenea salía un trazo de humo tenue y tan inmóvil, que parecía una cinta que fuera a unirse al ciclo sombrío y amenazador. Allí estaba la frontera. Alcanzaron el caserío por la parte posterior y penetraron en el patio de las casas. En la puerta de la cocina de uno de aquellos chamizos, una mujer les pidió veinte céntimos y les dejó entrar. Los habitantes de la línea fronteriza ganaban así su vida, percibiendo un tributo de quienes daban cobijo en espera del momento favorable para poder hacer su contrabando. Antoinette y Annie echaron su saco al suelo, al lado de los otros. Toda la cocina estaba llena de bultos. Antoinette había querido comprar mucho y su saco pesaba más de cuarenta kilos. En la cocina había ya gente. Algunas viejas, tres mocetones que fumaban cigarrillos y charlaban en un truculento patois, muchachos de diez a doce años y otro mocetón atlético, un verdadero hércules pelirrojo mal afeitado, bestial, que miraba por la ventana, vigilando desde lejos las idas y las venidas del centinela alemán, y de una mujer de unos treinta años, acompañada de

su hijito. Pretendía que no era pesado lo que llevaba, que podía llevar aquella carga perfectamente, pero la verdad era que sentía gran satisfacción en poder descansar un rato. Cuando se acercaban a la casa comenzaba a sentir ya una especie de temblor en las piernas que anunciaba la fatiga. Estuvieron a la espera más de un cuarto de hora. Los tres mocetones rompían de vez en cuando el silencio con una palabra breve.: —¿Qué llevas en tu saco? —Harina de mijo. ¿Y tú? —Patatas y arroz. En los intervalos seguía oyéndose el murmullo monótono de la lluvia, y el viento soplaba de vez en cuando. La noche estaba a punto de caer. La mujer cogió al niño, lo sentó en sus rodillas y suspiró como angustiada. —¿Cómo pasaremos? —murmuró Antoinette. —A través del canal. —¿Me quito las botas? —No; te harías daño. Hay vidrios... Y, a demás, hay que estar dispuesto a correr... —¿Nos mojaremos? —Ya nos secaremos corriendo... El gigante pelirrojo que miraba por la ventana dejó caer súbitamente el visillo. Cogió el saco enorme, una carga de trigo que debía pesar por lo menos ochenta kilos y se lo cargó al hombro con un impulso feroz. Trató de guardar el equilibrio, aseguró la carga con una flexible sacudida, vaciló un segundo y se precipitó hacia el exterior con la cabeza baja. Los demás le imitaron y salieron tras él bajo la lluvia constante y fina. El terreno descendía en una rápida pendiente. En el fondo corría el canal, de aguas pausadas y color cielo. Un vapor fétido se elevaba, señalando su curso. A lo lejos se veía un puentecillo. Por el momento no había ningún centinela a la vista. El grupo descendió al fondo de la pendiente. De todos los chamizos del caserío salían grupos de contrabandistas: hombres, mujeres, muchachos, encorvados bajo el peso de su carga y calados por la llovizna. En su excitación Antoinette se sentía ligera, rápida y corría alegremente a pesar de su carga, como si sus nervios tensos hubiesen doblado sus energías. Delante de ella, en cabeza, corría el pelirrojo, a quien se reconocía por su enorme saco, que parecía una montaña cargada a su espalda. Justamente tras él, la mujer del niño corría penosamente, llevando a su hijo de la mano. Por fin alcanzaron el canal. Era un albañal abierto que servía de desagüe a las cloacas de Roubaix-Tourcoing y que atravesaba L'Espierre hasta desembocar en el Escalda. Corriente de aguas espesas y llenas de légamo, que la lluvia que caía parecía esforzarse vaciamente en lavar. El tropel de contrabandistas se precipitó en el barro. Delante de Antoinette, la mujer había cogido en sus brazos al niño para que no se mojara los pies y avanzaba por el agua con su doble carga. Antoinette la seguía. Sus pies se hundieron en el cieno y, de vez en cuando, no podía evitar un resbalón. Apenas había dado dos pasos cuando el agua ya la cubría hasta el vientre. A pesar de ello siguió andando, sintiendo cómo el agua espesa y hedionda subía por su cuerpo, rodeándola de un cerco de hierro. Temía perder pie. El barro le llegaba a las axilas y el suelo no daba todavía señales de remontar. Súbitamente, oyó un grito en torno a ella. Un gran clamor que no acertó a comprender. Vio únicamente una mano que le inclinaba la cabeza y reconoció la voz de Annie. —¡Agáchate! Obedeció maquinalmente, agachando su cabeza, hasta tocar con la nariz aquella agua turbia y pestilente, cuyo fondo removía ella misma con sus pies. Algo sonó dos veces a su derecha. Levantó la cabeza, vio que una mujer tropezaba y escuchó un grito: —¡Madre! Todos echaron a correr con loco impulso. Los primeros alcanzaron la orilla francesa y salieron del agua. Delante de Antoinette, la mujer avanzó aún unos veinte metros, cayó de rodillas y levantó los brazos. Se asió al hombre pelirrojo por el faldón de su blusa. — ¡Me ensucias! —gritó él. Se libró de un empujón y siguió su carrera con la cabeza baja. — ¡Por piedad! ¡Por piedad...! Alrededor de la mujer corrían los contrabandistas, huyendo llenos de pánico. Ella tendía vanamente los brazos, tratando de aferrarse a alguien. Y su hijito corría también de un lado a otro, gritando asimismo: — ¡Por piedad...! ¡Por piedad...! Antoinette se detuvo. Por espacio de un cuarto de segundo permaneció vacilante, pero un golpe en la espalda la sacó de su indecisión: — ¡No podemos! ¡Aprisa! ¡Aprisa! Annie la empujaba por la espalda. Ambas siguieron adelante, guardando en sus oídos aquel grito desesperado que se debilitó rápidamente, al alejarse. Llegaron al abrigo de un seto. Antoinette se detuvo para tomar aliento, pero Annie no le dio tiempo siquiera. — ¡Aprisa! ¡Aprisa! —exclamó, empujándola de nuevo. Pero para Antoinette la carrera era demasiado dura. A medida que se alejaba del canal, el suelo se iba elevando. De vez en cuando se hundían en el barro hasta los tobillos. Antoinette sentía que sus fuerzas la abandonaban. Pero, cosa extraña, no eran los hombros, donde llevaba la carga, los que le dolían, sino más bien los riñones, el vientre, donde sentía un dolor desconocido, nuevo, como pinchazos y agujetas. Tenía también fatigados los músculos de su nuca. Parecía invadirle un aplastamiento progresivo de todo su ser. Su aliento era cada vez más corto, más difícil y doloroso. Un anillo de hierro parecía oprimirle los costados. Su vista se nublaba, su corazón le latía desacompañadamente, y todo daba vueltas en torno a ella. Corrió aún algunos metros, inclinada hacia delante y con los pies trabados. Luego, pareció que el saco la arrastraba y cayó pesadamente. Le pareció hundirse en la tierra. El barro la aprisionó. Una capa fangosa cubría su rostro y todo su busto. Únicamente le quedaban libres sus piernas. El peso de una montaña parecía hundir sus hombros. Permaneció así unos segundos, inmóvil, sin hacer ningún esfuerzo, incapaz de comprender lo que le había ocurrido, sin darse cuenta de la fuerza de aquel abrazo del barro y de aquel peso que le apretaba la nuca. Y súbitamente le faltó aire. El instinto le impidió abrir la boca para respirar. Hizo un esfuerzo terrible para deshacerse de aquel lazo, para librar su brazo, apoyarse en sus

manos, volver a encontrar aire. El corazón le latió cada segundo más apresuradamente y, en un espasmo, abrió la boca y aspiró. Una oleada de barro le entró en la boca, ahogándola, sofocándola. Tuvo algunas convulsiones, el tumulto fue poco a poco decreciendo en su interior. Annie había seguido corriendo. Iba completamente sola. Todos los contrabandistas se habían dispersado. Tan solo un gran silencio reinaba en la llanura, cubierto solo por el rumor de la lluvia. Estaban ya fuera de peligro. —¡Ya estamos salvadas, Antoinette! Volvió la cabeza y no vio a nadie. Inmediatamente se imaginó lo peor, Antoinette cogida, muerta. Y la culpa era de ella. Ella era responsable. Tendió hacia el horizonte una mirada llena de angustia. Nada. Entonces descargó su saco al pie de un sauce y retrocedió hacia la frontera. Tras una larga búsqueda, descubrió a Antoinette tendida en el suelo, echada boca abajo con el saco sobre la cabeza. No daba señales de vida. Annie cogió el saco y lo apartó. Antoinette siguió inmóvil con el rostro hundido en el barro. Annie se arrodilló a su lado, le dio la vuelta y le limpió el rostro sucio, que tenía una rígida frialdad, como la de un muerto. Le limpió la nariz, la boca, los ojos, apretándole el pecho para hacerle exhalar un suspiro, pegándole en las mejillas, llorando, llamándola... Poco a poco, algo indiscernible movió el largo cuerpo inmóvil que tenía entre sus brazos. Fue un soplo: la vida que volvía. Antoinette entreabrió los ojos y Annie se sintió revivir. —¿Puedes andar? ¿Puedes levantarte? Antoinette no respondió, tratando únicamente de levantarse y de aproximarse a su prima. Finalmente, murmuró: —No se lo digas a mamá... Transcurrió bastante rato antes de que pudiera tenerse en pie. Cuando al fin pudo hacerlo, preguntó: —¿Y mi saco? —Déjalo. Repartiremos el mío. Echaron a andar lentamente. Antoinette se apoyaba en Annie. Así hicieron algunos cientos de metros. De pronto, Annie exclamó: —¡Estamos cogidas! A través de la bruma vieron aproximarse la silueta de un corpulento alemán, un enorme «diablo verde» escoltado por un perro. Súbitamente vieron brillar el cobre de su gorra en forma de media luna. —Papieren! Ellas le tendieron sus tarjetas. —Komm! Dio con ellas cuatro o cinco vueltas, de un caserío a otro, pues estaba de ronda. Antoinette se sentía al borde de sus fuerzas. Eran las once de la noche cuando las condujo, finalmente, a la rue de la Fosse-aux-Chenes, en Roubaix, donde encontraron en un inmenso edificio una vieja fábrica. Las hicieron subir al primer piso, conduciéndolas a lo largo de un corredor, a una sala completamente oscura y que olía a cuadra. Un soldado les dio un jergón. Ellas se acostaron una junto a otra, en aquella oscuridad que se adivinaba llena de gentes dormidas que soplaban, gruñían o roncaban sin cesar. No se habían desnudado y sus ropas estaban empapadas. Pronto Antoinette comenzó a toser. Sentía como si la envolviera un sudario de hielo. Se apretó contra Annie para calentarse y las dos permanecieron despiertas hasta muy tarde, ateridas y tiritando. Solo cuando amanecía ya, Annie se durmió, bajo el ruido de aquella interminable tos de Antoinette. Era una antigua nave de telares, alta y sucia, llena de jergones, de ropa vieja, de papeles y de basuras. En ella estaban presas unas cuarenta y cinco mujeres. Algunas animosas comadres, apresadas en su casa por haber escondido una cacerola de cobre o un puñado de lana, siete u ocho contrabandistas; de lenguaje rudo pero costumbres decentes, formaban el elemento sano. El resto estaba compuesto por asiduas a las tabernas, capturadas por la policía, rameras y dos o tres «princesas» evadidas del hospital antes de finalizar su cura y a las que se había castigado con tres meses de cárcel por aquella fuga. Todas aquellas mujeres se paseaban desnudas, se lavaban en conjunto sin ningún pudor —no había más que una palangana para todas—, paseaban durante el día en pantalones, con la camisa colgándoles por detrás y por la noche se acostaban juntas. Una de «las princesas» poseía un viejo fonógrafo que había podido entrar con la complicidad de un centinela. Durante todo el día asesinaba tonadas antiguas como: Les bas noirs, la Jambe de bois y otras. Bailaban por parejas. Las ventanas estaban cerradas y provistas de rejas. Habían conseguido abrir una y por ella hacían señas y lanzaban mensajes a los granujas con boina que paseaban constantemente alrededor de la cárcel. Algunas recibían también visitas del exterior. Las tres «princesas», mujeres sucias, malolientes, belicosas y malas, vestidas de oropeles lujosos y sucios y cuyas cabezas peladas indicaban su paso reciente por el hospital, recibían dos veces a la semana la visita de la patrona del bar donde ellas habían tenido su accidente de trabajo. La patrona estaba en buenas relaciones con las autoridades y la directora de la cárcel y llevaba a sus pupilas vino y chocolate. De paso, trataba de deslumbrar a todas las desgraciadas encerradas en aquel infierno ostentando tocados chillones, pieles y anillos. Incluso en aquellos tiempos, los traficantes de carne humana se ganaban bien la vida. Sus visitas eran las únicas toleradas. Afortunadamente, cada mañana, a primera hora, Antoinette veía por la ventana a su madre, que acudía a verla de lejos. Los centinelas eran los dictadores de aquella cárcel. Por su mediación se recibían del exterior paquetes, ropas y cartas. Entre aquella bajeza, aquellos gritos, aquellas canciones y aquellas obscenidades, Annie y Antoinette descubrieron a la pequeña Ivette. Era una niña que todavía no tenía catorce años. Vivía en un patio del barrio de Fontenoy y la habían detenido una noche cuando corría en camisón a casa de una amiga que vivía al lado, dos minutos después del toque de queda. El policía, encantado de poderle jugar una mala pasada, no la había dejado entrar en su casa, conduciéndola a la cárcel en camisón. Asistía con desmayo a las escenas que se desarrollaban a su alrededor. Era la irrisión de los demás, porque estaba en camisa y no se atrevía a abandonar su jergón, avergonzada

por tener que hacer sus necesidades en el balde común. Lloraba continuamente y no quería comer. Ya hacía seis días que estaba allí y todavía no había tragado más que un poco de agua, desesperada de no poder ver a su madre y negándose a probar bocado. Se aproximó instintivamente a Annie y a Antoinette. Se refugió detrás de ellas, llorando y preguntando a los centinelas si no la dejarían volver pronto al lado de su madre. Unos se reían de ella y no le contestaban. Otros, emocionados, la defendían. Por su causa se dieron algunas peleas que la atemorizaron. Para poder dejarla en libertad hubiera sido necesario pagar la multa de cien marcos que le habían impuesto. Pero su madre era muy pobre e Ivette tenía que cumplir los treinta días de arresto. Su madre acudía cada mañana a la rue Fosse-aux-Chenes. Ivette la veía desde arriba, le hacía señas y lloraba. Había adelgazado terriblemente. Algunas le daban chocolate y galletas de sus paquetes, pero ella no quería nada; solo quería a su madre. Terminó por conmover a todos, pues llegaron a temer que muriera de hambre. Antoinette propuso hacer una colecta para reunir los cien marcos. No se recaudaron más que cincuenta y cuatro. Todas buscaron y hurgaron el fondo de sus bolsillos. Todavía faltaban treinta marcos. Ivette murió antes de que hubiesen llegado a los noventa. El centinela acudió a recogerla y se la llevó en brazos, como una muñeca liviana, vestida aún con su camión. Acecharon por la ventana la llegada de su madre. La vieron llegar desde el fondo de la calle. Levantó la cabeza y alzó la mano. «¡Cuatro! ¡Cuatro!». Había podido recoger cuatro marcos más. No se atrevieron a decirle nada y volvieron a cerrar la ventana. Ya se encargaban de darle la noticia aquella misma tarde. A partir de aquel día, Antoinette empezó a preocupar a Annie. Desde el principio, asqueada por aquel bodrio no comestible que servían a los presos, se había negado a probar bocado. Tampoco sentía apetito. Había cogido frío por haber estado mojada toda la noche de su detención. A partir de entonces no le había abandonado la fiebre; temblaba continuamente y no llegaba a reaccionar. Desde fuera, Edith le había mandado algunos paquetes. Habían llegado vacíos en sus tres cuartas partes, robadas por los centinelas. Todavía les quedaban veinte días de cárcel. La muerte de Ivette conmovió a las dos primas. Antoinette seguía tosiendo y escupiendo. Había terminado por contagiar su congoja a Annie. En sus esputos se veían pequeños hilos rojizos. Las demás comenzaron a mirarla de reojo. Las más inteligentes, las más compasivas, intentaron consolarla: —¡No es nada, no es grave, yo he llegado a vomitar litros de sangre! Pero se habían dado cuenta de la naturaleza de sus esputos. El pueblo teme la tuberculosis. Por eso otras, disgustadas, atemorizadas con aquel sobresalto de egoísmo animal que hace temer el posible contagio, decían a Annie: —¡Tu compinche está tísica! ¡Que no se acerque a nosotras! ¡No queremos que nos lo pegue! O bien se lo decían brutalmente a Antoinette. Ella llegó a atemorizarse. Si continuaba sin dormir, sin comer, llorando, tosiendo y temblando de fiebre, terminaría mal. La inquietud que adivinaba en Annie acrecentaba su alarma. Contaba las horas y lo hubiera dado todo por salir de aquella cárcel en la que se sentía predestinada a morir como Ivette. Pero no se podía hacer nada; los alemanes eran implacables con los contrabandistas. Así fue cómo en Annie germinó, poco a poco, la idea de pedir ayuda a Barthélémy David. De haberse tratado de ella misma, jamás se hubiera atrevido a pedirle nada. Pero lo hacía por Antoinette. Y Monsieur David se mostraba tan bondadoso con todos en L'Epeule... Vaciló durante dos días enteros. Se habían repartido el dinero de la colecta para Ivette, y así fue cómo Annie se encontró con algunos marcos. Se los dio a un centinela, acompañándolos de una carta para Barthélémy David. David esperaba en el gran vestíbulo de entrada. Había recibido el mensaje de Annie, apresurándose a acudir en su ayuda. Cien marcos en la oficina de la cárcel y una caja de cigarrillos para los suboficiales bastaron para conseguir sus deseos. El nombre de David y la firma de ciertos oficiales de la Kommandantur eran en Roubaix un milagroso sésamo. Aguardaba curioso y contento, satisfecho de volver a ver a Annie, complacido por aquel asunto y, al mismo tiempo, algo incómodo. Se frotaba con impaciencia sus manazas cubiertas de anillos y no sentía el frío. Se cerró una puerta. Oyó en la escalera unos pasos rápidos y apareció Antoinette pálida, despeinada y aturdida, arrastrando a Annie. —Id de prisa a la oficina —les gritó David—. Firmad la hoja y salid en seguida. —Gracias, Monsieur, gracias —gritó Antoinette. Annie se detuvo y dijo a Antoinette: —Ve tú a la oficina; en seguida me reuniré contigo. Y se quedó en el corredor delante de David, mientras su prima echaba a correr como un pájaro que hubiera recobrado la libertad. Annie estaba muy pálida y sentía un nudo en la garganta. Tenía que dar las gracias a David, era un deber. Pero le resultaba difícil. Avanzó hacia él. —Monsieur David —murmuró con voz apenas inteligible—, me siento dichosa... Ha venido usted tan rápidamente... Es usted bueno, sí. Le pido perdón por no haber llegado a comprenderlo... Él se compadeció de su turbación. —Ha debido costarte mucho esta humillación, ¿verdad? —No me ha costado, porque era para otra. —¡Sigues tan obstinada como siempre! ¡Tan orgullosa! Yo no soy orgullosa... —No, pero no quieres deberme nada, no quieres tener ninguna obligación hacia mí. Me pregunto si me perdonarás siquiera tenerme que deber tu libertad. —No había atinado a pensar que también le debo mi libertad... —¿No? ¡Bah! Estoy seguro que pensabas quedarte aquí mientras yo ponía en libertad a tu prima. ¿No es verdad? ¡Confíesalo! Ella se echó a reír, sin atreverse a reconocer que, efectivamente, había tenido aquel pensamiento. —Veamos, Annie —dijo David—. ¿Qué es lo que yo te he

hecho? Te estás portando como una orgullosa. Rehúsan todo lo que te ofrezco y procuras librarte de toda deuda hacia mí como si eso hubiera de pesarte demasiado. ¿Me tienes miedo? No te pido nada, lo que hago es por mi propia satisfacción, por la amistad que te ofrezco. Estoy pagado de antemano. No quiero decirte que me gusta hacer el bien, porque entonces parecería que represento el papel de protector, y eso me disgusta. Y también parecería que te hago alguna limosna. No. Simplemente, me causa una alegría darte un poco de felicidad, porque eres valiente y te lo mereces. Soy así. ¿Por qué rechazas lo que te ofrezco? Protejo a mucha gente. Distribuyo dinero a personas que apenas conozco y pago diez francos de pasteles al primer rapazuelo que veo extasiado delante del escaparate de una pastelería. Y tú... tú... —No puedo, Monsieur David —dijo Annie—. No puedo, es imposible. —Pero ¿por qué? —Usted es rico y yo no tengo nada. Mi única fortuna es ser honesta, ser conocida como honesta. Es la única oportunidad que tengo para ser feliz más adelante. Mi dote es mi honestidad. Y ¿qué dirían las gentes, qué pensarían de mí, permíteme si mis palabras le hieren, Monsieur David, el día que se supiera que usted me socorre, que se preocupa por mí? Para no preocuparse por eso, hace falta... hace falta amar... ¿no es verdad? —Se interrumpió, sin saber cómo continuar. Repitió con cierta turbación—: ¿No es verdad...? Le miró y él intentó evitar su mirada. Tenía el ceño fruncido, los ojos bajos y el aire sombrío. Levantó la cabeza lentamente. La cogió de la mano. En su rostro de rudas facciones, de aventurero ahído de placeres y de luchas, se reflejó un cierto malestar, una cierta preocupación. Sus ojos brillaban intensamente. Con voz ronca y baja, avergonzada, que quería ser ingenua, sin conseguirlo, y en la que se advertía algo como una vaga esperanza, dijo: —Y soy demasiado rico y demasiado viejo para que puedas amarme, ¿verdad? —Esas cosas no cuentan... —Pero, en fin, ¿cuál sería el obstáculo? —Nada. No lo sé. El caso es que un hombre como usted, Monsieur David... En fin... —¿Demasiado viejo? ¿Demasiado rico? —Usted no es demasiado rico. Es... Reflexionó un segundo, vaciló y, finalmente, halló la palabra: —Usted es demasiado feliz... —¡Demasiado feliz! La respuesta le dejó estupefacto. Él, descontento siempre, insatisfecho, constantemente en busca de la novedad y el cambio, huyendo sin cesar de la soledad moral, del aburrimiento, del vacío de una existencia fastuosa e inútil, tenía que oír que era demasiado feliz. Vio en sus palabras una ironía que ella no había puesto. —¡Demasiado feliz! ¡Es divertido! Además, no veo por qué... —Sí. Todo ese bienestar me impediría amarle. En el fondo, creería darle a usted mucho cuando en realidad no podría darle nada. Y eso me heriría, me haría daño. A pesar de todo, tengo la impresión de que a la persona que amase podría darle afecto, valor, mis propias fuerzas... Y eso ya vale algo. Pero un hombre como usted nunca podría apreciar eso. ¿Me comprende? Tuve un tío del que acaso le haya hablado a usted, Monsieur David. Era ciego. Ha muerto ya. Mientras vivió procuré hacerle un poco de bien, cuidarlo como pude... Estoy segura de que me hallaría más cercana a un desgraciado que a usted. ¿Verdad que es estúpido? Me doy cuenta... Pero para alguien así lo sería yo todo, me vería como me veía mi tío, a quien yo llevaba alivio y socorro; no podría pasarse sin mí y sería como un hijo mío, hasta llegaría acaso a amarme... Pero nunca podría amar a quien lo tuviera ya todo, a quien no me estuviera permitido dar nada... Nunca pasó por mi cabeza el pensamiento de unirme a un hombre como usted. Después de todo, Monsieur David, ¿por qué iba a amar a un hombre como usted? Parecería que me lo daba todo, y eso es lo que pensaría la gente. Hizo un gesto tan singular que él no pudo menos que sonreír. —Es la primera vez que ser rico me aleja de una mujer. ¡Es estúpido! Estoy seguro de que serías capaz de mojar a alguien solo por el placer de secarle después. —¡Oh! ¡No le deseo a usted nada malo...! —Muchas gracias. Supongo que, a pesar de todo, seguiremos siendo amigos, ¿verdad? —Claro que sí, Monsieur David. —¿Me has perdonado ya aquel estúpido asunto, aquella vieja historia? ¿Sabes a qué me refiero? Ella sonrió, un poco avergonzada. —No volvamos a hablar de ello. A partir de hoy, ni siquiera me acordaré. David volvió lentamente a su casa. Iba con la cabeza baja, a un tiempo disgustado y contento. ¡Demasiado feliz! Las palabras de Annie seguían sonando en sus oídos. Le había sorprendido y chocado considerablemente. Siempre se había sentido insatisfecho, y la existencia no había apagado jamás en él el anhelo de algo más. Detrás de la iglesia de Saint-Martin se cruzó con un grupo de gente. Le dieron los buenos días. En Roubaix era famoso aquel rostro bilioso, rudo y de anchos rasgos, aquella mirada dura e insolente, aquel paso balanceante y tranquilo y aquellos hombros anchos que habían llevado el fardo del faquín y el bulto del contrabandista. A los saludos, David respondió con un gesto y un gruñido. Seguía pensando en las palabras de Annie. A pesar de todo, no podía lamentar ser rico, fuerte y poderoso. ¿No prefería el dominio más que a nada en el mundo? Y, sin embargo, era posible que aquel poder le impidiera conocerlo todo, le privara de una parte de la existencia, de un campo inmenso de sentimiento, de pasión, de vida prodigiosamente nueva y tentadora. ¿Acaso no sentía ya una verdadera ternura al hacerse aquella confesión que hasta entonces había tratado siempre de ocultarse a sí mismo? ¿No hubiera logrado aquella ternura en aquella sinceridad que le producía verdadera alegría y aquella satisfacción vital por cuya conquista se afanaba desde hacía tanto tiempo en un gigantesco e inútil acoso? Hubiera sido apasionante y conmovedor haber rehecho una vida sobre aquellos cimientos. TERCERA PARTE. Capítulo Tercero. 3. A finales de invierno, Félicie Laubigier sintió muy

próxima la muerte. Sus fuerzas habían llegado al límite y ni siquiera abandonaba ya la cama. Su hija Jacqueline la cuidaba. Todas las noches caía en un espantoso delirio y trataba de perseguir a su pequeña, que tenía que huir al patio y llamar a su tía Flavie. En aquella casa ya no se vivía ni se comía. Camile deambulaba por las calles, robando a los alemanes y haciendo mil fechorías que en una ocasión le habían llevado a permanecer tres noches en una cárcel donde los «diablos verdes» le habían obligado a limpiar de hierbas el patio. Alain había desaparecido por completo y no se sabía ni una noticia de él. Si las cosas duraban, pronto Camile y Jacqueline alcanzarían la edad de trabajar para el enemigo y Félicie moriría si los dejaba solos. Y la guerra no llevaba trazos de terminarse nunca. Tenían que decidirse a partir hacia Francia. Mucha gente evacuaba sus hogares, marchándose del Norte y abandonándolo todo para regresar a «Francia». Pues allí nadie se creía en Francia. Félicie se resignó a dejar que se marcharan Camile y Jacqueline. Esta tenía trece años y la madre le confió el cuidado de su hermano menor. Se fueron una mañana de marzo, a las cinco, después de una dolorosa despedida. No esperaban volver a verse nunca más. Jacqueline y Camile fueron hasta la estación, por la rue de l'Ouest. Había allí mucha gente, grupos de evacuados cargados con sacos y con vajillas. Hacía frío. Los agruparon en un inmenso cobertizo. La estación, inmensa y muerta, tenía un aspecto siniestro. Los evacuados sufrieron un registro minucioso. Tuvieron que desnudarse de pies a cabeza y entregar todos los papeles impresos, todas las cartas, todos los objetos de oro. —Se los devolverán después de la guerra —prometieron los alemanes. Después recibió cada cual un pan. Pasó otro alemán, suspendiendo al cuello de cada expedicionario un cartón numerado. Luego salieron al andén, donde ya estaba el convoy de vagones de portezuelas abiertas. Llegaron más alemanes, acompañando a mujeres francesas y despidiéndose de ellas. Había una que estaba encinta y se colgaba a su amante, un corpulento bávaro. Sollozaba y gritaba que no quería marcharse. Él tubo que subirla al vagón, desasirse de su abrazo y marcharse, sin volver siquiera la cabeza. Otra conversaba con dos soldados, diciéndoles con una sonrisa: «Después de la guerra, sí, después de la guerra...». El resto del grupo, un conjunto de mujeres delgadas y con aspecto doloroso, niños débiles, una cohorte de famélicos en cuyas caras se reflejaban la miseria y el sufrimiento, contemplaba aquellas escenas en silencio. Únicamente los soldados alemanes tenían acceso a los andenes. Las familias de los evacuados, amontonados en las verjas de la estación, se contentaban con hacerles señas de lejos. Subieron al tren. El pequeño Camile estaba maravillado. Era la primera vez en su vida que viajaba. Los coches eran cómodos, pues el último año de la guerra, los alemanes, menos seguros de la victoria, trataban mucho mejor a los evacuados, y ya no les transportaban en vagones de ganado, sino en coches de segunda y tercera clase. Tuvieron el tiempo justo de acomodarse, colocar los paquetes y el tren se puso en marcha en dirección a Tourcoing. A lo largo de la vía férrea, encajonada entre vallas y el Puente del Alma, se apretujaba una multitud que de lejos agitaban los brazos en señal de despedida a los suyos: «¡Adiós! ¡Adiós!». El tren se hundió en la gran zanja de la calle de Cassel y desapareció. Las primeras horas fueron muy cortas. Había mucho que hacer, paquetes que ordenar y disposiciones a tomar durante el viaje. Camile iba de ventanilla en ventanilla, lanzando exclamaciones de alegría. Jacqueline había reconocido en un rincón del vagón a su vecino Semberger, que había conseguido hacerse evacuar como enfermo. La gente le miraba de soslayo. Nadie dudaba de que habría pagado a los alemanes una fuerte suma para poderse marchar, pues no dejaban partir tan fácilmente a los hombres útiles. Por eso, todo el mundo recelaba de Semberger y le decían: —¡Qué hombre tan fuerte...! ¡Ya le arreglaremos las cuentas en Francia! Él escuchaba los comentarios y hacía cuanto estaba a su alcance para ser útil, colocando las maletas en las redes y distribuyendo pedazos de salchichón alemán, como si quisiera recabar el perdón de los que le rodeaban. Pronto empezó a cantar, echando mano de todo su repertorio. Los emigrantes corearon sus canciones. Al probar bocado, y con las canciones, el ambiente se tornó alegre. Así pasó la tarde mientras el tren, echando sucias volutas de humo, corría por inmensas llanuras desnudas. Al anoecer, fueron enmudeciendo uno tras otro. La tristeza de la noche invadía las llanuras y las almas. Todos estaban cansados. Jacqueline y Camile miraban por la ventanilla. Camile seguía con la mirada una gran nube blanca que la puesta del sol enrojecía. Se la indicó a Jacqueline, exclamando: —Mira aquella nube; quizás esté sobre Roubaix. Y el pequeño se echó a llorar a lágrima viva. Su desesperación, se contagió a todo el mundo. Parecía que hasta aquel momento no se habían dado cuenta del alcance de la aventura en que estaban metidos, de aquel éxodo, de aquel destierro, lejos de su país, al que, sin duda, no verían nunca más. Todos lloraban. Fue preciso que el gordo Semberger combatiera aquella desesperación, entonando con todas sus fuerzas sus canciones más divertidas. La alegría volvió a invadir el vagón. Se habían encendido las lámparas. Mientras la gente cantaba con más buena voluntad que alegría, los soldados que componían la guardia del convoy irrumpieron en el vagón y dijeron: —Van a apagar las lámparas. El tren pasa cerca del frente. Queda prohibido hablar y encender luces. Un instante después estaban sumidos en tinieblas. A velocidad muy reducida el tren avanzó en la oscuridad. No se escuchaban cañonazos, únicamente a la izquierda, muy cerca, se divisaba una línea rojiza en la que de vez en cuando se producían iluminaciones, las grandes claridades multicolores de las bengalas. La gente murmuraba entre sí:



—El frente, el frente... Con el corazón metido en un puño, los evacuados contemplaban aquel horizonte tan próximo, infierno de tantos hombres. Aquello duró media hora escasa. Finalmente, el tren se alejó, hundiéndose en la oscuridad. Las lámparas volvieron a encenderse, la gente empezó a prepararse para pasar la noche. Los niños fueron cuidadosamente colocados en las redes del equipaje y los enfermos acomodados en los asientos. Semberger, en su afán de ganarse voluntades, se instaló en los retretes. Al mediodía del siguiente llegaron, a un pueblo de las Ardenas. Los valerosos belgas aguardaban con entusiasmo a los evacuados franceses. ¿Cómo habían podido saber los habitantes de aquel villorrio perdido que había en el convoy dos niños solos? Y, sin embargo, lo sabían. En los andenes todos reclamaban: «¡Los dos huérfanos! ¡Los dos huérfanos!». Jacqueline no comprendió en seguida que se trataba de ella y de su hermano. Fueron recibidos en la Alcaldía como los demás. Les dieron de comer patatas, carne y otros alimentos extraordinarios. En plena comida, Camile pensó de nuevo en su madre y se sintió presa de una crisis de lágrimas que conmovió a todo el mundo. Estuvieron un mes en aquel pueblo. Los alemanes imponían aquella espera a todos los evacuados para impedirles que a su llegada dieran ningún informe. Se les daba su racionamiento. Jacqueline, como una mujercita, iba a buscarlo y revendía la manteca para tener un poco de dinero. Los evacuados se alojaban en la casa del pueblo. Era curioso que aquella gente se hubiera habituado ya a vivir allí y tuviera sus amistades y sus amores. Aquella a quien dos soldados habían ido a despedir a la estación vivía en casa de un viejo granjero. Había hecho la conquista en seguida. Le había cuidado, lavado y pulido. Le lavaba también los bolsillos, aprovechando con notable acierto aquella corta estancia. Otras coqueteaban con los alemanes, Jacqueline y Camile vivían en el primer piso de una fonda, donde se bailaba los domingos. En el entarimado de la habitación había un agujero que servía para echar los anillos de las palomas mensajeras los días de concurso. Por allí Camile contemplaba cómo bailaban las mujeres con los alemanes. El corpulento bávaro que había despedido a su amante en la estación de Roubaix, acudía a verla todas las noches. Al cabo de un mes volvieron a partir alegremente, aunque en el fondo todos lo lamentaban. El hombre echa raíces pronto en cualquier lado. El tren solo avanzaba de noche. Durante el día, permanecía arrinconado en cualquier estación de pueblo, esperando que llegara la noche. Los alemanes no querían que los evacuados vieran Alemania. Atravesaron Luxemburgo, donde les sirvieron sopa. Al amanecer reconocieron Estrasburgo. Jacqueline entrevió al pasar sobre un viaducto, una calle interminable, al final de la cual se alzaba, alta y severa, la catedral. Luego, el tren franqueó el Rin por un gran puente. Se detuvieron un poco más lejos, porque ya clareaba el día. Allí se vieron asaltados por grupos de prisioneros rusos. Les echaron restos de comida y ellos se abalanzaron a recogerlos como lobos hambrientos. Atravesaron Alemania en las tinieblas, sin ver nada. Durante el viaje todos dormían. Se despertaron solamente hacia las dos de la madrugada, cuando el tren se detuvo en Offenburg. Corrió el rumor: «¡Suiza! ¡Pronto entraremos en Suiza!». Tuvieron que descender y sufrir un último registro. Después les dieron café caliente servido por unas mujeres alemanas que se mostraron muy amables. Desde la partida de Roubaix no habían tenido queja alguna de los alemanes. Parecía que querían hacerse echar de menos. El tren reanudó la marcha, al amanecer. Atravesaron espléndidos paisajes, grandes valles entre lejanas cadenas de montañas de cimas agudas y cubiertas de nieve, bosques, torrentes rápidos, desfiladeros agrestes, cañadas; algo que la gente de Flandes no hubiera podido imaginar nunca. Llegaron a Basilea bajo un vivificante sol de primavera, penetraron en una inmensa estación de una limpieza magnífica, empavesada con banderas francesas y donde les esperaba una multitud que agitaba banderitas. El tren se detuvo entre un clamor de alegría y de bienvenida. Descendieron y fueron acogidos con entusiasmo. Los soldados alemanes permanecieron en el tren, al que cerraron las portezuelas. Un jefe de estación ató las empuñaduras de las puertas, sellándolas. Los evacuados tuvieron la sensación de que a partir de aquel momento eran los alemanes prisioneros, como ellos lo habían sido antes. Les amenazaban con el puño, los insultaban, se burlaban de ellos, vengándose de cuatro años de tiranía. Los suizos acogieron espléndidamente a los evacuados franceses. Baños tibios y comidas copiosas y delicadas. La pobre gente lloraba mientras comían aquellos manjares. Subieron a un tren lujoso, una especie de salón rodante en el que se instalaron cómodamente mientras avanzaban a través de cordilleras, valles, gargantas y lagos. En el tren, las enfermeras suizas les daban explicaciones. Les mostraban soldados franceses internados, diciéndoles: —Poilus!. La expresión les sorprendió. No conocían el término. La barrera había sido tan hermética que la palabra no se difundiría en el Norte hasta después de la liberación. La hospitalidad de los franceses hacia sus compatriotas no pudo compararse con la acogida que les habían dispensado los suizos. Se dieron cuenta de ello a su llegada a Evian. Los servicios administrativos encargados de la recepción de los evacuados estaban agobiados de trabajo. Habían visto demasiadas miserias, demasiadas calamidades y la emoción y el entusiasmo del principio, estaban desvanecidos. Los evacuados ya no eran nada singular. Recibieron al convoy como habían recibido a los demás, fríamente, sin prestar atención. Separaron a los hombres de las mujeres y a los muchachos de las muchachas. Era lógico, mas para Jacqueline y para todo el mundo fue doloroso. Ni los alemanes ni los suizos habían sido tan brutales. Los evacuados

tuvieron que sufrir humillantes revisiones médicas. Era normal, debido a la gran cantidad de sarnosos, tuberculosos e incluso de sífilíticos que habían llegado del Norte. Era necesario hacer una limpieza de todo aquello. Mas para los desgraciados que eran objeto de aquellas vejaciones al entrar en la madre patria, a la que tanto amaban y habían echado de menos, la prueba resultaba penosa. A Jacqueline le quitaron todo el dinero que llevaba en bonos municipales. No pudo oponer resistencia, aunque no por ello dejó de molestarse. Su madre le había dicho que nunca se separara del dinero. Después perdieron los equipajes en el hotel. Reinaba allí un gran desorden y desaparecieron muchos paquetes y maletas. Entonces se acordaron de los alemanes, de su inimitable administración y de su organización perfecta. Por lo menos, ellos no habrían perdido los equipajes. Tuvieron que reconocer sinceramente las grandes virtudes de aquel pueblo y se olvidaron por completo de denunciar al gordo Semberger. Tras unas semanas de estancia en Evian y, después en Lyon, en el parque de la Tete d'Or, los pequeños Laubigier fueron reclamados por una anciana de Belleville-sur-Gaone, que se llamaba Madame -Andive. Jacqueline, que escribía muy bien, había sido acogida con cariño por el director de los repatriados. Gracias a él, había obtenido un pequeño empleo en la oficina. La protegía y la apreciaba. Diariamente, el pequeño Camile, que se sentía muy desamparado en el parque de la Tete d'Or, acudía a visitar a su hermana, con la bufanda atada a la cintura, el pelo revuelto y el espíritu ardiente por una batalla librada contra un lionés u otro. Jacqueline se desesperaba, al ver que estaba faltando a su promesa de no separarse de él. Un día le avisaron que su hermano estaba enfermo y que no iría aquel día. En Lyon hacía entonces estragos la «gripe negra». El director le dijo que no era nada grave, pero sí contagioso, y que Camile no podría acudir en algunos días. Jacqueline se sentía llena de angustia y apenas pudo contener la impaciencia que tenía por verlo. Un mediodía llegó a la oficina de los repatriados una viejecita de aspecto muy modesto, pero cuidado. Se anunció a sí misma con voz aflautada: —Soy Madame Andive. El director se adelantó hacia ella, y Jacqueline, un poco avergonzada, se levantó torpemente. —Vengo a buscar a la señorita Laubigier y a su hermano. —Muy bien, Madame —dijo el director, con una sonrisa—, aquí está su pequeña protegida... Jacqueline dio tímidamente unos pasos. La anciana dama la contempló con asombro. —¡Pero si es una niña! ¡Una niña! Yo pedí una muchacha. ¿Qué quiere usted que haga con una niña? Soy demasiado vieja; no puedo. Y, además, su hermanito... El director le habló en voz baja. Lo que dijo hizo impresión en Madame Andive. Se marchó sonriente, después de decir que aceptaría a Jacqueline en cuanto el director le diera permiso, pues se acostumbraba hacer un informe muy estricto antes de confiar un niño a manos desconocidas. El pequeño Camile estaba acostado y deliraba. Se había mantenido en pie hasta el último instante, resistiendo la enfermedad para no tener que dejar de acudir a la oficina para ver a su hermana. Pero llegó el momento en que no pudo más. Todos creían que iba a morir. Madame Andive era una buena persona, aparte de la confusión a que se prestaba su nombre de ensalada y por lo que se hacía llamar Ondive. Su corazón se emocionó a la vista de aquel pequeño que no conocía y que estaba a punto de morir. Permaneció a su cabecera durante toda la tarde. De vez en cuando, al alejarse las enfermeras, sacaba de debajo de sus enaguas una botellita aplastada y hacía beber a Camile un buen trago. Aquello olía a coñac y ardía terriblemente. Camile siempre pretendió que aquel coñac era lo que le había salvado. Vivían en Belleville-sur-Saone, en casa de la vieja Madame Ondive. Camile iba a la escuela y se peleaba con los demás compañeros, que le llamaban «el boche del Norte». Destrozaba innumerables pantalones y Madame Andive se asombraba de sus instintos destructores. Su apego era mucho por Jacqueline y hubiera querido verla siempre a su lado. No había tenido hijos. La vejez le hubiera sido más dulce en compañía de aquella pequeña, buena, dulce y animosa. Pero Jacqueline y Camile no olvidaban a su madre ni a Alain, de los que no habían sabido nada más y que quizás estaban ya muertos. Por las noches se escondían en un rincón del jardín, donde hablaban de Roubaix y lloraban a sus anchas. Jacqueline, en su calidad de «cabeza de familia», tenía que presentarse a cobrar la asignación y recoger el racionamiento de su hermanito pequeño y el suyo. Como era tan joven, tan pequeña, el cajero le había tomado también afecto y se burlaba dulcemente de ella, llamándola muy serio «cabeza de familia».

TERCERA PARTE. Capítulo Cuarto. 1. Cerca de Prémésques se alzaba una colina, antes poblada de árboles, que dominaba Armentières y la llanura. En la cima se erguía un castillo en ruinas. En la falda un pantano de aguas gangosas, brillaba a los rayos del sol tímido y débil. En una de las laderas se extendían lo que quedaba de lo que había sido un gran bosque; muñones de un metro de altura, muertos y atravesados por miles de proyectiles. El terreno estaba lleno de hoyos y cráteres; unos relucientes, mostrando una tierra amarillenta; otros antiguos, cubiertos ya de hierba. En medio de aquellos vestigios estaba instalado el campamento de los trabajadores forzados. Desde allí se dominaba todo el terreno, inmensa llanura llena de hierba, especie de ciénaga traidora, donde las aguas fluían entre lujuriantes vegetación y donde pequeños estanques marcaban el lugar donde habían estallado los obuses. La maleza crecía al azar en aquella tierra abandonada. Enormes mariposas, grandes y espléndidas, habían vuelto a aparecer sobre el terreno, mariposas como las que se veían en tiempos de la civilización. Estacas y alambradas, grandes esqueletos de caballos muertos, el cuerpo despanzurrado

de un tanque y los fosos cegados que habían sido trincheras, completaban aquella áspera desolación de estepa. Menos de cuatro kilómetros separaban aquel lugar del frente. Las barracas de los trabajadores forzados, de los «brazales rojos», estaban situadas en la ladera del monte. Una larga columna de hombres morenos y delgados remontaban el sendero semejantes a una banda de forzados. La ropa que llevaban revelaba su miseria. Impermeables descoloridos, guerreras de pana, viejas cazadoras, pantalones del Ejército alemán a los que habían arrancado el alamar, retiñéndolos con jugo de hojas verdes para hacerlos irreconocibles, pedazos de tapicería y capotes hechos con viejas alfombras. Algunos, muy pocos, llevaban el uniforme de los «brazales rojos», una chaqueta y pantalón cortados en la espalda y a lo largo de las piernas e hilvanado luego con algodón amarillo, para que su poseedor fuera fácilmente identificable y no pudiera pensar en evadirse. Alain trabajaba entre ellos. Había adelgazado. Sus facciones macilentas estaban bronceadas y endurecidas. Llevaba una camiseta de lana negra desteñida, agujereada y deshilachada, un pantalón de montar con el fondillo de cuero, polainas de tela caqui y alpargatas. Se tocaba con un pañuelo anudado por las puntas. La mayoría llevaba, como él, pañuelos anudados, grises, encarnados y azules, que les daban aspecto de piratas. Iban sin afeitarse y la barba les envejecía. El rostro de Alain estaba desfigurado por la fatiga. Sobre todo, en él, como en los demás, se traslucía aquel rencor, aquel aire hosco y duro que se ve en los abrumados por un exceso de miseria. Estaban muy cerca del frente. De allí les llegaba el ininterrumpido tronar semejante al lejano estruendo de una gigantesca forja. Durante todo el día habían trabajado de firme. A través de la llanura habían cavado una trinchera para ocultar en ella un cable eléctrico que los alemanes querían disimular. Hacía un sol infernal. Trabajaban metidos en el agua y a medida que avanzaban, dos hombres desenrollaban una enorme bobina, tendiendo el cable en el fondo de la zanja. El sol hacía hervir literalmente los sesos en el cráneo. Chapoteaban en un agua pútrida, llena de carroña y fétida, muriéndose de sed en medio de tanta agua. El sudor perlaba sus rostros, como lluvia. Los brazos se hinchaban. El pico les pesaba como plomo, difícil de arrancar del suelo y penoso de manejar. Casi no avanzaban, a pesar de lo mucho que se esforzaban. Notaban que las venas de sus brazos se hinchaban, como si fueran a estallar. Y si se detenían un instante para tomar aliento, si se tomaban un fugaz descanso para enjugarse el sudor, acudía en seguida el alemán. —¡Aprisa! ¡Aprisa! Se rebelaban frecuentemente. —Merde! El alemán les amenazaba con el bastón y amartillaba el revólver. Entonces se contenían, recogían la herramienta y reanudaban el trabajo. El agua les llegaba al vientre. Jadeaban como caballos extenuados. Tenían calambres y se les formaban bolas de músculos crispados bajo la piel flácida y sin grasa. Bastaba doblar el antebrazo o la pierna para que se produjera, en la pantorrilla, en la corva o en el bíceps, un calambre, esa especie de nudo de músculos que produce el agotamiento. Ni siquiera tenían derecho a salir del hoyo para orinar. Los orines eran un líquido ácido y oscuro; la orina espesa, turbia, punzante de un animal que se devora a sí mismo, que vive de su propia carne. — ¡Aprisa! ¡Aprisa! Volvían a coger la pala o el pico. El musgo quemaba la carne de las manos. Un líquido espeso salía de las ampollas, donde la piel colgaba a jirones. La saliva se pegaba a los labios y a la boca como lija, y de vez en cuando, desde el frente, caía un obús después de trazar una larga parábola. Era entonces necesario dejarlo todo, correr a abrigarse bajo un vagón de cemento, aguardar la explosión y luego volver a reanudar el trabajo. Ocho horas duraba aquel martirio y, una vez transcurridas, se regresaba, finalmente, a las barracas. Pasaban antes por la cantina para recoger su escudilla de sopa. Luego llegaría la hora de dormir. La barraca que servía de cantina estaba repleta. Cada uno tenía que tender su escudilla y recibía un cazo de agua grasienta donde flotaban unos pedazos de remolacha y unas hebras de carne cocida. Cuando la recibían, salían uno a uno y se iban a comer solos, como animales, en un rincón del campamento, pues los prisioneros se robaban la comida y las escudillas unos a otros. Fuera pequeña o grande, siempre llenaban la escudilla en la cantina. Por eso, una escudilla grande valía allí su peso en oro. Alain regresó a su barraca, pescando con los dedos pedazos de remolacha en el agua turbia y grasienta. Había una docena de barracas, largas construcciones de madera y cartón embreado, vacilantes, podridas, medio destruidas por las lluvias, por las tempestades, por las ondas explosivas, masas negras, sórdidas e inseguras. Las ventanas estaban cubiertas por telas aceitadas y barrotes de hierro. A lo largo de las paredes había montones de basura, botes de conserva, trapos en descomposición, carroña y cristales rotos. A trechos, en el interior de la barraca, un resplandor vago se filtraba a través de los papeles aceitados, indicando, en la penumbra del crepúsculo, una luz o un fuego. La barraca del equipo de Alain era la tercera de la hilera. Entró. Era oscura, con el suelo de tierra apisonada y el techo en forma de A, atravesado por vigas. Dos hileras de literas de hierro, un amontonamiento de sacos, ropas, trajes de uso diario, cajas de herramientas, madera vieja, estaban situados a lo largo de las paredes. En medio, en la penumbra, un fuego humeante, negro y rojo, siniestro, elevándose en largas lenguas hacia el techo, dejaba escapar el humo por un agujero informe. A su alrededor, varios hombres lo alimentaban con trozos de cartón embreado que hedía al quemarse. Por el aire se esparcía un olor de alquitrán quemado, mezclado con fuertes emanaciones de humanidad sucia y densa y del aroma penetrante de un cuarto de caballo que acababan de asar sobre la humeante

llama. En aquel momento devoraban alrededor del fuego los pedazos de carne, desgarrándola con los dientes, como animales. Alain se acostó en seguida, para comer el resto de su escudilla en su lecho de virutas. No tenían siquiera jergón. Dormían sobre tablas dispuestas sobre la cama y cubiertas de hierba y hojarasca. La cama de Alain estaba muy elevada, debajo mismo del techo. Había librado prolongadas batallas antes de conseguir aquel lugar tan envidiado. Estando sobre el nivel de los demás, no se recibían ni las virutas ni los desperdicios de los otros. Siempre se acordaba con disgusto de la primera cama, que había tenido que compartir con Jules, a quien llamaban «el podrido», porque sufría eczema en la barbilla, que supuraba continuamente. Lo había abandonado, pasando a compartir la cama con un tipo tristemente célebre por su costumbre de hacer sus necesidades en el mismo lecho. Luego, a fuerza de puños, había logrado conquistar la cama actual. Su compañero era Blanton, que había muerto el día anterior por haber ingerido demasiada sal de cocina. Tenía grandes deseos de volver a su casa y había dicho a Alain: —Ya verás, engulliré mucha sal y, entonces, me pondré enfermo. Haré como que estoy grave y me dejarán marchar. Al verle caer aquella mañana, creyeron que su treta había dado resultado. Únicamente cuando fueron a recogerlo se dieron cuenta de que había muerto verdaderamente por haber comido demasiada sal. Llevaron su cuerpo a las barracas, pero durante el día las ratas le habían roído los pies hasta los tobillos. Lo enterraron al día siguiente, por la mañana. Era el segundo que caía aquella semana. La víspera, Alain había cavado la fosa de su amigo Vlietz, muerto por los alemanes al intentar evadirse. Alain pensaba en tales cosas mientras vaciaba la escudilla que tenía entre los muslos. Por sus pies desnudos corrían los piojos. Se rascó maquinalmente con una mano, sin cesar de comer. Eran unos enormes piojos grises, con una mancha blanca en el lomo. Como la mancha tenía un vago parecido con la forma de una cruz, decían que el emperador los había condecorado con la Cruz de Hierro. Alrededor de Alain reinaba el habitual tumulto de los campamentos. Se respiraba una atmósfera acre y fuerte, que olía a animal, a tabaco y a humo de alquitrán. Jules, «el podrido», de pie debajo de Alain, con la cabeza a la altura de la cama, se afeitaba con una hoja que sostenía entre los dedos, rascando su piel rosada e inflamada. Bidard jugaba al pote con Netje y otros tres. Mejillón, uno de Tours, que vendía pescado y debía su apodo a su profesión, estaba sentado en cucullas en medio de la barraca, de espaldas al fuego, tocando la armónica mientras un círculo de espectadores llevaba el compás. En medio del corro, dos apaches bailaban danzas extrañas con gran lujo de contorsiones y de muecas. Bailaban cogidos por el codo, por los hombros, por los pelos, a la pata coja volviendo la espalda o bien de rodillas. Mejillón llevaba el compás de la música con la cabeza, soplando incansablemente, haciendo correr su armónica por los labios y pasando de una tonada a otra, La Valse a Tototte, Vas-y ma poulette, La missione a mesigue y otras de un repertorio muy extenso. Tendido en su cama, Donghe, personaje de costumbres dudosas, perforaba unos dados para emplomarlos. Babin, agachado delante de una candelera de sebo, abría la boca, como si quisiera tragársela, una boca fétida, de la que colgaba un hilo de baba; boca parecida a una caverna de color púrpura, en la que una barricada de dientes negros bloqueaba la entrada. Delante de él, su amigo Foubert exploraba aquella gruta con ojo penetrante y arriesgando un dedo le sacudía delicadamente un incisivo. Babin gemía palabras ininteligibles y babeaba abundantemente. Tenía un enorme bajo vientre distendido por una hernia escrotal que se adivinaba a través de su pantalón. Usaban entre ellos un patois mezclado con argot que ni los mismos alemanes comprendían. ¿Quién de aquellos hombres había denunciado a Vlietz? No cabía la menor duda de que le habían denunciado. La cosa era habitual. Aquellas gentes que compartían la misma miseria y que estaban allí, en su mayoría, a causa de una traición o de una carta anónima, como Alain, se traicionaban los unos a los otros, reacios a que un camarada tuviese más audacia o más suerte que los demás. Vlietz había preparado bien su golpe. Había ahorrado galletas y había comprado a Alain sus zapatos por cien cigarrillos y tres pastillas de jabón. También se había procurado brújula; la única que existía en el campamento. Le había costado una almohada neumática, un acordeón y otras cosas raras. Tales transacciones debían haber puesto en guardia a algún envidioso, y Vlietz fue apresado en seguida. Huyó la noche del domingo, después de haber cortado con una cizalla las alambradas que cerraban aún el campo en algunos puntos y donde no había centinelas. Como la oscuridad era muy densa, fue a caer precisamente en brazos de cuatro alemanes que ya le esperaban. Lo llevaron a la oficina. Desde las barracas se escucharon los aullidos, las súplicas, los gritos de agonía. Luego lo echaron en el calabozo. Allí estuvo dos días. Al pasar, se escuchaban sus gemidos. Murió al tercero. Alain, ayudado por dos alemanes, lo enterró. Volvió a recuperar sus zapatos. La brújula había desaparecido. Entonces decidió evadirse. Aunque pareciera singular, la aventura de Vlietz acabó por decidirle. No decía nada a nadie, pero se preparaba en secreto. Compró galletas, cambiándolas por lo que le quedaba de jabón y cigarrillos. Se hizo con un gran clavo al que desgastó la cabeza. Luego le puso un mango de madera, afiló la punta y la fue desgastando sobre una piedra hasta darle la forma de una lima triangular. Cuando pensaba en su casa, en su madre, se estremecía ligeramente. Pero no se atrevía a evocar demasiado aquellos pensamientos. La tentativa y muerte de Vlietz había hecho cristalizar su propia decisión. Todo terminaría de una vez. Él también huiría y moriría en

el empeño o volvería a su casa. Su casa... Vivir allí recluso en el desván o en la bodega, escondido a los ojos de todos, pero entre los suyos, volviendo a la existencia de los primeros días de la guerra, era para él un hermoso sueño. Desechó aquella visión —deseable hasta rayar en lo doloroso—, esforzándose en volver a la realidad. A sus pies, dos jugadores, a los que no veía, discutían insultándose por un triunfo desaparecido. Otro se despiojaba, y un tercero contaba la ganancia obtenida en una partida de pote. Pues a pesar de su horrible hacinamiento, aquellos hombres tenían mucho dinero y jugaban grandes sumas, ganando y perdiendo centenares de marcos con los soldados del frente. Junto a la hoguera, ya en rescoldos, Mejillón, en cuclillas, nostálgico, en el centro del coro de oyentes, seguía soplando su armónica tocando la canción favorita de los crápulas de Roubaix, que el coro sentado en torno suyo, repetía en voz baja como una venganza de cara a los alemanes: *Defais t'capote Menheir In t'arringera! L'peug su t'gueule, Tant qu'te voudras* Era aquella una de esas melodías anónimas, especie de canciones de gesta, surgidas espontáneamente, homéricamente, de la mente popular, sin que pueda señalarse autor, sin que haya sido impresas nunca, ni tan siquiera escritas, y que se difunden así oralmente, de boca en boca. Como aquella había muchas, sus grandes temas eran las llamadas mujeres de boches, los alemanes, los presos civiles, los «brazales rojos»... Aquellas canciones de gesta desaparecieron al final de la guerra y no se volverían a escuchar jamás. De pronto se oyó débil, ligero y siniestro, en medio de la algarabía de la barraca, un ronroneo lejano que llegaba del cielo y que suspendió unos instantes los ruidos, aumentando enormemente en el súbito silencio. —Merde! ¡Ellos otra vez! —¡Apagad las luces! El interior del barracón se quedó en una absoluta oscuridad, solo disipada en el centro por el resplandor rojizo de las ascuas. El ronroneo era cada vez mayor y se acercaba lentamente. Debían de producirlo al menos diez aviones franceses. Súbitamente, se escuchó un gran silbido seguido de una explosión. La barraca vaciló como un navío que fuera a irse a pique. Siguieron dos, tres, cuatro bombas. Afuera sonaban los ladridos del cañón antiaéreo, al resplandor de cuyos disparos se veía a través de las telas aceitadas y las tablas mal unidas. Los franceses apuntaban al polvorín que había en la falda de la colina. Siguió una ligera tregua. Los del barracón tomaron aliento y se escuchó la gruesa voz de Bidard: —¡Los puercos! ¡Podían romperse los hocicos en la torre del castillo! —¡Ojalá! Era la respuesta unánime. Todas las noches acudían aviones aliados que buscaban con sus bombas el polvorín. Un día u otro acertarían y, entonces, todo el campamento saltaría por los aires. Hubieran preferido que ocurriera cuanto antes para no tener que sufrir aquella angustia continua durante centenares de noches. El peligro hacía olvidar el patriotismo. Algunas veces iban a parar allí tipos extraños, paisanos y espías franceses. Trataban de interrogar a todo el mundo, pero nadie se fiaba de ellos. —¿Explosivos aquí? ¿Una batería? No, no; aquí no hay nada. La verdad era que se cagaban en ambos bandos, en franceses y alemanes; en todos los que hacían la guerra. Ellos, a pesar de todo, querían seguir viviendo. TERCERA PARTE. Capítulo Cuarto. 2. Manipulaban con cuidado los obuses. Había llegado un vagón para la descarga. Trasladaban de dos en dos aquellos largos cilindros siniestros a los cobertizos y los depositaban en montones, con suavidad. Como tenían la costumbre de manejar obuses, aquello no les producía ya la menor impresión. El soldado que les vigilaba era un veterano que formaba parte de los Genesung Abteilung. Había sido herido y estaba allí pasando su convalecencia. Con el fusil al hombro recorría los cien pasos reglamentarios, dejando tranquilos a los hombres que trabajaban a pocos metros de él. No estaba acostumbrado a aquel oficio de cabo de vara. Alain interrumpió su trabajo. Hizo al alemán un gesto, como si quisiera ir a hacer sus necesidades. El centinela comprendió y asintió. Alain se alejó unos pasos y se metió en un hoyo de obús. Unos instantes después, el soldado llamó bruscamente a aquel hombre que no volvía. Volvió la cabeza, buscándolo con la mirada, y vio a lo lejos, minúscula ya, una silueta que huía, que desaparecía. Dos o tres pensamientos rápidos y brutales atravesaron su mente: «Evasión... vuelta al frente... las trincheras de nuevo... ¡El miserable...!». Se echó el fusil a la cara, hizo fuego y luego se echó a llorar con desesperación. Alain hizo tres etapas de noche, a través de los campos. Caminaba al azar, guiado por una especie de sentido de la orientación que le había dado aquella vida agreste y salvaje que llevaba desde hacía tan largo tiempo. Comía avena, mascando los granos y tragándose los después penosamente. Llegó a Roubaix agotado, vacilante, desfallecido de hambre y de fatiga, temblando de felicidad, al pensar que había escapado al infierno de Prêmesques. Cuando llegó, L'epeule dormía envuelta en tinieblas. En su casa no había nadie. Presintiendo una desgracia, llamó a la puerta de su tía Flavie. Y por ella y su primo François supo que su madre estaba allí, enferma, moribunda y sin conocer a nadie, Jacqueline y Camile habían sido evacuados a Francia. No podía quedarse, ni esconderse allí. Si hacían un registro, su madre moriría de terror. Tenía que volver a Prêmesques. Alain se desplomó sobre una silla y se echó a llorar. Se sentía al límite de sus fuerzas. ¿Para qué habían servido tantos esfuerzos, tantas penalidades? Ni siquiera podía ver de nuevo a su madre. Ni siquiera se enteraría ella de que había estado allí. No pudo comer ni beber nada. Se fue, como un desesperado, sin escuchar, sin querer aceptar nada, a entregarse a la Kommandantur. Cuando Alain entró de nuevo en Prêmesques, bajo la escolta de dos «diablos verdes», estaban siete alemanes en el cuerpo de guardia. Al primer bastonazo creyó

que la cabeza iba a estallarle. Es incomprensible cómo algo tan frágil como el vientre de un hombre puede soportar golpes tan terribles, patadas de botas herradas y bastonazos, sin reducirse a papilla. Aplastados por dos o tres mocetones de ochenta kilos, los intestinos hubieran debido romperse, destrozarse las costillas. Un golpe con una barra de hierro en pleno rostro debía hacer saltar los dientes y los ojos. No es posible saber cómo una máquina tan delicada puede resistir semejantes golpes, reponerse luego y seguir funcionando. Alain se preguntaba todo eso durante los cuatro días que permaneció tendido en la barraca que servía de calabozo y donde Vlietz había muerto antes que él. Lo habían dejado allí dándolo por muerto. Su alma no era más que oscuridad y su cuerpo dolor. No se reconocía al tocarse la cara, hinchada y tumefacta. Vomitó coágulos, orinó sangre y sufrió e oscuro y martirizador trabajo de la carne que va rehaciéndose célula a célula, restableciendo las conexiones, reanudando los conductos, recogiendo los derrames, expulsando las partes muertas y volviendo lentamente a latir renovada. Al despertarse al quinto día, se dio cuenta, con estupor, de que tenía hambre.

TERCERA PARTE. Capítulo Cuarto. 3. La llegada de François van Groede fue la salvación de Alain. François, el hijo de su tía Flavie, era el encargado de una esclusa. Pero era un funcionario tan raro, siempre ausente y desaparecido, y presente únicamente cuando pasaban chalanas de carbón, que los alemanes se cansaron y le ofrecieron una residencia temporal en la cárcel de los baños de Roubaix y de allí lo mandaron a Prêmesques. Más joven que Alain, François era menos robusto, menos vivo de espíritu, menos pronto a las reacciones defensivas y, por eso, se vio reducido en el espacio de unas semanas a una condición lamentable. Atontado por el espantoso espectáculo de las barracas, del campamento y del trabajo, objeto de burla por todos sus compañeros y de brutalidades por parte de los guardianes e incapaz de defenderse de ellas, cayó muy pronto en una postración absoluta. Al sentirse enfermo quiso visitar al mayor médico, pero este lo envió a paseo y tuvo que reemprender el trabajo, convencido de que no volvería a Roubaix. Alain lo encontró dos o tres veces. Le dio noticias de su madre y de su casa, pero a aquello se redujo todo. No vivían en la misma barraca y no eran del mismo equipo, por lo que Alain se limitó a ignorar a su primo. Un mediodía, Alain llegó con retraso al trabajo. La víspera había bebido demasiado y los guardianes, al ver que se volvía peligroso y pegaba, lo habían atado al «poste de la tortura», donde había permanecido suspendido de unas cuerdas y con las carnes deshechas. Unos soldados del frente habían discutido con los guardianes y, al final, habían conseguido soltarlo. Aquello ocurría frecuentemente. Y Alain se halló en su jergón, con las ideas brumosas y tan disgustado de sí mismo y de los demás como se puede estar a los veinte años. Al levantar un brazo, vio en él huellas de unos golpes de los que ni siquiera se acordaba. Cuando se incorporó a su equipo le dijeron que su primo François estaba enfermo y quería verlo. Bidard, que tenía mucha vista, añadió que aquel muchacho no era capaz de tenerse en pie, que estaba más pálido que un nabo y que pronto estaría para que lo enterraran. Después del trabajo Alain corrió al segundo grupo de barracas. Durante toda la tarde había tenido remordimientos que se acrecentaban con el recuerdo de la borrachera de la víspera. François estaba en una litera, débil y blanco como un «nabo». En el suelo, a su lado, tenía una escudilla con agua donde flotaban pedazos de remolacha. —¿Te encuentras muy mal? François entreabrió los ojos y no demostró ninguna sorpresa al reconocer a su primo. Parecía estar sumido ya en una inquietante indiferencia. Murmuró: —No, no mucho... —¿Qué te duele? —No puedo digerir nada. —¿Estás débil? —Mis piernas, mi cabeza..., no puedo andar. —¿Tienes hambre? —Sí, pero vomito las remolachas. Alain reflexionó un instante. —Espérame esta noche. Te traeré carne. —¿Carne? —Ya verás. —¡Los caballos están allí! —murmuró Bidard. Estaban al abrigo de un bosque, en una cañada, en el límite de un claro del arbolado. Eran cuatro: Alain, Bidard y dos alemanes. Habían acudido a matar un caballo de los que pacían a unos tres kilómetros del campamento. El calvero se extendía delante de ellos, extenso, rodeado de las negras sombras del bosque y bañado por el claro de luna. De trecho en trecho, entre la alta hierba, se veían sombras deformes tendidas en el suelo. Hacia el centro percibíase la silueta del brocal de un pozo rematado por un asa de la que colgaba una polea. No soplaba una sola ráfaga de aire. Solo se percibían el continuo susurro del follaje en el bosque y en la paz mágica de la noche. —¡Vamos! —susurró Bidard—. Komm duu! Se deslizó a través de la hierba, franqueó agachado la alambrada. Avanzaron en grupo, destacándose sus siluetas erguidas y oscuras en aquella claridad plateada que les inundaba. Vacilaron unos instantes. Luego se desplegaron en una ciega tentativa de cerco. No tenían fusil ni hacha. Solo dos bayonetas y dos cuchillos. Aquellas armas no bastaban para despachar aquellas grandes moles. Todos se daban cuenta de la dificultad y avanzaban con cierta incertidumbre. Después de tanto tiempo de inacción, el hombre ha olvidado la agresión, el cuerpo a cuerpo, el ataque de cerca. De los cuatro el más audaz era Bidard, un apache que sabía dar golpes certeros. Se encontraban en medio del calvero cuando los caballos dieron muestras de inquietud. Los vieron levantarse, husmear el aire. Aquellos animales conservaban el instinto primitivo, la desconfianza del herbívoro. Se agruparon, husmearon el viento y se alejaron en manada hacia el fondo del calvero con un ligero galope que no parecía siquiera rozar la hierba, que parecía tan fantástico como aquel claro de luna, aquel paisaje y toda la escena. —Komm! —exclamó Bidard. Los demás estrecharon el cerco.

Lentamente, la red humana fue aprisionando a los animales, empujándolos hacia un extremo. Era necesario correr, saltar con los brazos abiertos, para impedir que los caballos pasaran. Tropezaban, caían sin dejar de avanzar. Acabaron por tener a la manada cercada en un rincón. Siguieron avanzando, avanzando lentamente para no espantarlos. Los animales, inquietos, levantaban las orejas, se apretaban unos contra otros y corrían cortos galopes. Uno de ellos relinchó. Era evidente que tenía miedo de aquel peligro desconocido. El grupo se detuvo y únicamente Bidard siguió avanzando, pues había sido carretero y conocía bien a los caballos. De pronto, gritó: —¡Uee! ¡Uee! Los animales se detuvieron, escuchando. —¡Hoola! ¡Oh! Siguió avanzando. La voz humana, aquellas exclamaciones familiares, devolvieron la confianza a los animales y contribuyeron a tranquilizarlos. Volvieron a ser obedientes. Renació en ellos la sumisión al dueño, al hombre. Dejaron que Bidard se aproximase. Vieron cómo la sombra de este se confundía con la de los caballos. El antiguo carretero volvió junto a sus camaradas, conduciendo por la crin y los ollares a un alazán. Los cuatro se alejaron con el animal. Evitaban instintivamente el centro del calvero, aquel terreno iluminado por la luz virgen de la luna. Llegaron a la linde del bosque en fila india. El caballo agitaba la cola, balanceaba la cabeza y les seguía dócilmente, como si fuera al trabajo diario. En un extremo de un claro del arbolado se detuvieron. —Nein —dijo Bidard—. Hace falta luz. Hier! ¡Aquí! —¿Quién lo matará? Se miraron. Luego volvieron la mirada hacia el animal. Era muy grande aquel caballo. ¿Dónde descargar el golpe? ¿Dónde herir un organismo tan poderoso? ¿En el corazón? ¿En la cabeza? Era muy fácil decirlo... Un caballo es muy fuerte y es necesario tumbarlo de un solo golpe. El caballo, tranquilo, aguardaba pacientemente, oliendo la hierba y resoplando. Acaso, una cierta piedad invencible embargaba el alma de aquellos cuatro carniceros improvisados que a la luz azulada de la noche formaban un grupo extraño en torno del enorme animal. —Dame tu bayoneta —pidió Bidard. Un soldado le dio su bayoneta. —Bájale la cabeza y sujétalo por los ollares, Alain. Este obedeció, haciendo bajar la cabeza del caballo. Bidard se colocó a un lado, probando el filo de la bayoneta. El animal tendió el cuello y Bidard pasó el arma bajo la garganta y tiró hacia sí, degollándolo con un gesto ritual y antiguo de matarife. Instintivamente, Alain soltó al animal. Este, sorprendido, se irguió, alejándose de un salto, coceó y dio algunos pasos. —Esperad —murmuró Bidard. Desde lejos, el animal los contempló inmóvil. Empezaba a sentir dolor. Sobre el pelaje castaño de sus patas se veía correr la sangre. —Esperad —repitió Bidard. Fue aproximándose al animal cautelosamente. Este estiraba el cuello y bajaba la cabeza lentamente. Cuando estuvieron más cerca, vieron que temblaba; pero, a pesar de ello, seguía de pie, sosteniéndose sobre sus cuatro patas, que parecían estar plantadas en el suelo como pilares. De pronto lo sacudió un estremecimiento, que fue acentuándose por momentos hasta que cayó de rodillas. Su cabeza vaciló balanceándose con movimientos retardados. Se desplomó dulcemente, echándose de costado. Levantó una vez la cabeza... —Cojamos los cuartos traseros —dijo Bidard. Rodearon al animal. Bidard, tendido entre las enormes ancas, hundió la bayoneta en el ano y, ayudándose de todas sus fuerzas, abrió el vientre redondo e hinchado de hierba. Con un silbido se desparramó por el suelo un torrente de entrañas azuladas. Resbalaron en ellas, pisando gruesos intestinos y cortando una carne viva que resbalaba bajo el filo, como si fuera de goma. Bidard, con los brazos arremangados hundidos en el vientre del animal hasta el hombro, buscaba y seccionaba los tendones de la articulación femoral, mientras los otros tres, empuñando el miembro con las manos, le daban vueltas y lo retorcían hasta arrancarlo. Volvieron a través del bosque. Entre dos llevaban una pierna sobre los hombros, un gran muslo peludo del que manaba sangre. En el claro habían dejado el cuerpo seccionado, cortado por el vientre. Se detuvieron poco antes de llegar al campamento. Unos pasos se aproximaban. Dejaron caer la carga y permanecieron inmóviles. Súbitamente, Alain, que iba en cabeza, dio de manos a boca con dos sombras. Adivinó más que vio los cuellos verdes que sobresalían de los capotes. ¡Eran «diablos verdes»! Retrocedió y buscó con gesto instintivo su cuchillo. Los alemanes se adelantaron hacia él. —¿Tú también robar gallinas? —preguntó uno de ellos. —No..., sí... —dijo Alain, todavía sudoroso de emoción—. ¿No sois policías? Le enseñaron el cuello verde y luego se desabrocharon el capote. Eran dos granaderos de infantería, cuyo uniforme tenía el cuello verde como el de los policías. Les indicaron dónde podrían encontrar los restos del animal y les vieron alejarse mientras ellos entraban en el campamento sin hallar ningún obstáculo. Desde hacía mucho tiempo, las alambradas, cortadas y aplastadas por las bombas, ya no existían. Encendieron fuego en el interior de la barraca. Colgaron del techo los muslos descuartizados, y valiéndose de largos alambres encorvados como ganchos, los fueron asando. Una llama humeante tostaba la carne rojiza, dorándola, bronceándola y dándole un color cálido y espléndido. La grasa amarilla goteaba, haciéndose transparente, y al caer en la llama la avivaba constantemente. El hueso ennegrecido humeaba. El vaho de la carne asada y de la grasa quemada llenaba los olfatos y los estómagos. Alrededor del fuego rojo y negro, todos contemplaban los chorreantes y grasientos cuartos que lamían unas llamas breves y vivas. La carne se chamuscaba y agrietaba, dejando escapar una sangre espesa, un jugo precioso para aquellos hambrientos cuyos rostros ávidos iluminaban el resplandor púrpura de las llamas. Fue un hartazgo de carne, sin pan, vino ni sal. Alain se llevó un pedazo para François. Atravesó el segundo

grupo de barracones. El olor de aquella carne despertaba al pasar a los demás hombres, haciéndoles oler el aire con avidez. François ya le esperaba. El solo aroma le hizo la boca agua. Cogió con ambas manos la carne tierna y mordió. Un jugo abundante, caliente y reconfortante salpicó su boca, la inundó. Lo bebió aspirándolo, apretando y mordiéndolo aquella carne como un niño el seno de su madre. La vida volvía a correr por sus venas. François comió carne durante cinco días consecutivos y recobró sus fuerzas. Alain se erigió en su protector. Había llegado a ser hábil y fuerte, como un lobo entre lobos. Puso aquella experiencia al servicio de François y la purificó, utilizándola en beneficio de otro. El robo, la pelea y la rapiña justificaron su fin si eran puestos al servicio de un semejante. François aprendió muchas cosas de Alain. Ignoraba completamente las particularidades de aquella vida salvaje, y su primo le enseñó a hacerse un encendedor con un cartucho vacío, yesca con trapos quemados y a mendigar bencina a los conductores de tractores que hacían gotear el carburador cuando se lo pedían. Si faltaba bencina, conservaban encendido, incandescente, un largo pedazo de cuerda de algodón. Se consumía lentamente y aquel puntito de fuego rojo, al contacto de un montoncito de pólvora negra, bastaba para producir llama. François aprendió también a robar cartón embreado para hacer fuego y a lograr que la madera mojada ardiera por medio de pólvora. Aprendió también a practicar el intercambio en aquella especie de reunión que se celebraba cada noche y en la que el jabón, las galletas y los cigarrillos eran unidades monetarias. Se cambiaba avena por zapatos, algarrobas por una chaqueta y tabaco por una mandolina. Los alemanes compraban jabón para enviarlo a Alemania y bandas de tela cortadas en forma de polainas. A cambio ofrecían su tabaco, sus galletas y alcohol. Pero, sobre todo, aprendió François a encontrar comida, a entenderse con aquellos alemanes que venían del frente y a robar en su compañía. La mayoría de ellos sentían compasión por los prisioneros, compartían sus pobres rebanadas de pan con mantequilla y partían en dos un pequeño pedazo de carne para los pobres camaradas franceses. Por la noche salían juntos para robar la comida de los caballos. Volvían con habas, aquellas terribles habas que hinchaban el vientre y que, a pesar de todo, se comían, o bien avena. Encendían fuego, calentaban una plancha de hierro, tostaban encima los granos de avena y se los comían. El hambre era terrible. Se desconfiaba de todos, y cada cual iba al trabajo con su pan colgado del cuello por temor a los ladrones y a las ratas. Con alambre construían trampas para cazarlas, pero a François le era imposible comerlas si antes las había visto con piel. Alain se las despellejaba. Los caracoles le asqueaban más que las mismas ratas. Una vez hallaron una rana en el camino, la mataron, la cortaron en dos y se la comieron. Al cabo de algún tiempo François pudo volver cada quincena a Roubaix. Alain no podía hacerlo. Estaba considerado como peligroso después de su evasión y le habían cortado un borde de su tarjeta de identidad. Con aquello quedaba expuesto al rigor de los guardianes. Los domingos por la noche, regresaba François con comida: una escudilla de arroz y guisantes. La repartían, haciéndola durar unos ocho días. Para ello contaban los guisantes uno a uno, comiéndose veinte al día. Una vez tuvieron una emoción, una gran emoción. En el fondo de la escudilla de guisantes, al finalizar la semana, hallaron un gran muslo de conejo. Los dos se echaron a llorar conmovidos. ¡Un muslo de conejo! François fue recobrándose hasta ser el mismo de siempre. No precisaba ya de ningún sostén o defensa para mantenerse a salvo. Se sentía reconfortado, confiado. Ciertamente que en el campamento se sufría, pero también llegaría el fin de aquellas penalidades. Presentía que la guerra se terminaría. Y Alain, en medio de su dolor, y a pesar de que el porvenir le había parecido siempre negro y triste, se sentía también menos abrumado y menos sombrío. Empezaba a darse cuenta, con gran sorpresa, de que, por muy desgraciado que se sea, puede también alcanzarse la felicidad, olvidándose de sí mismo para ocuparse de las miserias de los demás.

TERCERA PARTE. CAPÍTULO Quinto. 1. Judith estaba definitivamente caída. Los alemanes iban abiertamente a divertirse a su casa. La gente la odiaba y la despreciaba, aunque todavía la temía, sabedores de las influencias que tenían aquellas mujeres cerca del enemigo. Y, a pesar de todo, cuando tenían necesidad de algo, acudían humildemente a ella a rogarle un favor de la Kommandantur. Casi todo el pueblo estaba con ella. En Herlem, nadie había hecho tanto bien como aquella prostituta. Por otra parte, ella llevaba a cabo su acción bienhechora con una especie de indiferencia, sin exigir recompensa ni agradecimiento alguno. Aquella extraña mujer seguía estando muy alta, incluso en su caída. Los vecinos acudían a visitarla y hacerle ruegos, como si fuera una autoridad. Interventía para condonar una multa, en favor de un enfermo o para impedir una requisa. Todo el pueblo acudía a ella. El mismo Lacombe, su padre, envió un día a su mujer para suplicarle que le levantara una multa de mil marcos que le habían impuesto por haber escondido tocino salado en un horno. Brook era guardabosque desde hacía diez meses. El antiguo guarda había muerto. Lacombe había aprovechado la ocasión una vez más para nombrar como sustituto a uno de sus favoritos, sin consultar siquiera al Consejo municipal. La guerra autorizaba aquellas licencias, contra las que Marelli había protestado en vano. Brook, que tenía cincuenta y cinco años, era alto y fuerte, tenía el pelo negro y los mostachos erguidos y no podía contener su orgullo por haber podido alcanzar el tahalí y el quepis. El sueño de aquel espíritu chato, obstinado y cazurro, había sido siempre detentar una parte, aunque fuera pequeña, del poder público.



Abusaba de ella tiránicamente. Semejante a un señor del monte y de la llanura, ejercía sobre la gente humilde una dictadura tiránica, aterrorizando a los pobres y postrándose a los pies de los poderosos. Los grandes labradores y el barón de Parges le consideraban una especie de criado para todo, y la pobre gente, a la que espantaba con sus amenazas de proceso verbal por una fuente sin limpiar, una gallina vagabunda o un perro sin declarar, se atemorizaban y le tenían por una especie de espíritu del mal al que había que aplacar. Lo más grave era que de todas las contravenciones se aprovechaba directamente la Kommandantur, que percibía las multas, y se beneficiaban los alemanes, de quienes Brook, hábil maniobrero, se había convertido en humilde servidor. Saludaba militarmente a los oficiales, les llevaba las maletas, cuidaba de las estufas en las oficinas, y les hacía encargos. Así se realizaba a sus propios ojos con el innegable prestigio del uniforme. Brook se había imaginado que Judith, por la cual sentía hacía algún tiempo cierta inclinación, se sentiría honrada en aceptar sus homenajes. Pero la extraña muchacha, a pesar de lo prostituida que estaba, conservaba un orgullo especial y guardaba con áspero amor su independencia. Brook no tuvo éxito alguno, pues Judith no hizo el menor caso a los requerimientos del representante de los poderes públicos. El furor del guardabosque llegó a desbordarse al verse rechazado. Se prometió a sí mismo vengarse después de la guerra y, en espera de que llegara el día de la victoria, se tomó un bajo desquite. Judith no iba nunca a la revisión médica. Brook la señaló a la Kommandantur y, a partir de entonces, todo el pueblo la vio cada semana mezclada con las mujeres de mala vida que la Kommandantur reconocía con regularidad. Pascal Donadieu sufría por aquella vergüenza. Asistir a la caída progresiva de aquella criatura que había amado, era algo que le hacía daño. Y sufría terriblemente, tanto más cuanto que él tampoco se sentía libre de reproches. Desde que los tranvías no circulaban, trabajaba en el racionamiento. Las artimañas de los otros, el hambre y la miseria de su madre le habían obligado a algunos pequeños hurtos de los que guardaba sordo remordimiento. Para conservar su insignificante empleo había tenido que pasar bajo las horcas caudinas de Lacombe, el alcalde. Este estaba muy disgustado. Había recibido más de una queja por su deplorable gestión con los géneros de racionamiento. Lacombe guardaba cuidadosamente las cartas en su bolsillo. Al final, la gente se había cansado y, pasando por encima de él, se había dirigido directamente al Committee. Este, alarmado, le había mandado varias cartas imperiosas, exigiendo las cuentas y un estado detallado de la distribución. Lacombe no se sentía muy seguro. Le desazonaba aquel asunto del azúcar vendido a Ingelby, una docena de vagones de los que los habitantes de Herlem no habían visto siquiera un gramo... Y como el alcalde no era hombre muy letrado, terminó por recurrir a Donadieu. Pascal tuvo que llenar doscientas tarjetas de racionamiento a nombre de personas que habían evacuado de Herlem desde hacía mucho tiempo o que solo habían estado de paso. Aquellas tarjetas justificarían a Lacombe a ojos del Committee. Pero Pascal Donadieu conservaba la desconfianza en sí mismo, la incertidumbre y el disgusto que produce la primera capitulación. El único que permanecía incorruptible era Marelli, el recaudador de contribuciones. Acudía a la oficina y atendía a la gente con pasividad, como un autómatas. Hacía ya tiempo que había renunciado a imponer un poco de justicia en aquel desorden. Sin embargo, se resistía aún a tomar partido. Su sinceridad y sus arrebatos de generosidad le habían hecho sufrir mucho. Incluso le habían arrebatado su casa. Premelle reinaba en ella como dueño y señor, cultivaba el jardín, utilizaba los muebles, mientras Marelli vivía en un pequeño departamento encima del café de la Place. Un último escándalo le había forzado a intervenir atrayéndose, una vez más, el odio de toda la Comisión municipal. Los alemanes empleaban como obreros a ciudadanos del Municipio, a los que pagaban de la caja municipal. Aquellos hombres recibían siete francos diarios. Los alemanes habían ideado aumentarles el salario tres francos más y retenerles dos a título de retribución voluntaria de guerra, medio indirecto de hacer pagar a la caja municipal dos francos por día y por cabeza a la Kommandantur. Los obreros, contentos, no habían protestado porque ganaban todavía un franco más. Lacombe y Premelle habían pagado sin discusión. Sabían que, en el caso de negarse, los alemanes se cobrarían en los bienes de los labradores y de los ricos. Marelli se rebeló, protestó, amenazó dar parte al Committee. Se burlaron de él y se habló incluso de excluirlo de las deliberaciones de la Comisión. No había ningún recurso, ninguna apelación contra el arbitrio de Lacombe. Fatigado, al borde de sus fuerzas, Marelli dejó que las cosas siguieran su curso, en espera de una victoria problemática, pero en la que había de creer, a pesar de todo, de la misma manera que algunos creen en Dios. De otra manera sería demasiado horrible. Asistía, sin decir palabra, a las sesiones de la Comisión, cumplía maquinalmente sus funciones de distribuir el racionamiento y sufría pasivamente los ultrajes, las burlas apenas disimuladas de Loeuil, amigo de Lacombe, que encontraba satisfacción en ridiculizar a Marelli, por el que sentía el odio del bribón por el hombre honrado. Donadieu era testigo impotente de aquellas escenas que envalentonaban a Premelle y animaban sus burlas. TERCERA PARTE. Capítulo Quinto. 2. Lise y su madre, después de haber adoptado a los dos hijos de la muerta, habían abdicado todo orgullo, toda voluntad de resistencia y de independencia respecto al enemigo. Lo que ellas no habían consentido jamás para sí mismas, lo hicieron por los pequeños: trabajar para los alemanes, comerciar con ellos, comprarles y venderles productos, aceptar su ayuda, robar de sus carros e

incluso en los campos de los vecinos. Durante algún tiempo confiaron en poder marchar a Francia. Con Jean muerto y el abate preso en Alemania, nada les retenía allí. Por el contrario, desde Francia podrían incluso ayudar al abate, enviándole paquetes y socorros. Formularon en la Alcaldía su demanda de evacuación. Pero su instancia se extravió y nunca supieron nada más de ella. Lacombe continuaba persiguiéndolas con su odio, con su espíritu vengativo de hombre del campo que no abandona fácilmente a sus víctimas. Hizo desaparecer los expedientes. Lise lo supo por mediación de Pascal Donadieu, pero no pudo hacer nada. Por otra parte, los Sennevilliers sufrían el oprobio general del pueblo. El deshonor de Fannie había recaído sobre ellas, al aceptar al recién nacido. Muchos ni siquiera sabían lo que había ocurrido. Creían que la pequeña Jeannette era la hija de Lise. Un odio sordo rodeaba a los Sennevilliers, les aislaba, y ellas sufrían tanto más cuanto que aquella intransigencia de los del pueblo se unía al más vergonzoso servilismo respecto al enemigo. La gente iba con sus hijos a recoger fresas, moras, bayas silvestres en los bosques del castillo de Herlem para ofrecérselas a los señores oficiales. El Kronprinz pasó un día por el pueblo en dirección al frente. La gente formó calle y se descubrió respetuosamente. Parecía que muchos hubieran perdido la noción verdadera de las cosas, aceptando la idea de que los alemanes iban a estar allí indefinidamente. Hacia el mes de junio comenzaron los preparativos para una gran ofensiva. Pasaban tropas y más tropas, cañones, material, convoyes interminables de autos y camiones; una invasión tal que hubiera podido creerse que asistían a la emigración de un pueblo. Algunos habitantes de Herlem se regocijaron y decían abiertamente: —¡Tanto mejor! ¡Que avancen y que ganen terreno! ¡Así nos sentiremos un poco más holgados y estaremos más a la retaguardia...! Lise hubiera querido comprar trigo, pero no lo encontraba en ninguna parte. Los labradores se lo guardaban a los alemanes, que lo habían requisado de antemano o bien lo vendían en Tourcoing a precios fabulosos. Y Lise no tenía dinero. Para conseguir desechos de molienda se vio obligada a trabajar en las granjas y amasar pan, pan blanco de trigo de dorada corteza y de un aspecto tan apetitoso que, después de haberlo cocido, al verlo sobre la mesa de los granjeros, le parecía imposible que ella lo hubiese amasado y cocido. Le pagaban en salvado y harina ordinaria. Cuando podía, cogía un huevo al pasar por el gallinero o mantequilla de la bodega. Se había llegado a tal extremo, que asegurar la vida era deber primordial que se imponía sobre lo demás. Y el lamentable ejemplo de los demás, que se aprovechaban de todas las ocasiones, había terminado por debilitar en ella la resistencia de su honradez. Berthe Sennevilliers, la madre, capitulaba también. Acabó por tener tratos con aquellos alemanes que le habían matado un hijo y apresado a otro, que la habían arruinado, saqueado, y que la hacían sufrir. Pero comenzaba a comprender que la mayoría de aquellos soldados, al menos los humildes, no eran menos víctimas que ella misma. En el sufrimiento común, alemanes e invadidos fraternizaban y se solidarizaban fatalmente. Herlem estaba situado a quince kilómetros de Yprés. Aquella región, enclavada justamente detrás del frente, asistió a la espantosa hecatombe del Ejército alemán, a la agonía del Águila imperial. Los habitantes recibieron a las tropas y las alojaron en sus casas. Berthe y su hija recordaron largo tiempo aquel grupo de cincuenta hombres que invadieron la posada a medianoche. Pero no eran cincuenta hombres, sino cincuenta muchachos, adolescentes apenas formados, frágiles, delgados y pálidos, en cuyas facciones se adivinaba aún, tras la fatiga y el aturdimiento de su bautismo de fuego, un resto del entusiasmo y del idealismo que los había lanzado a la tormenta. Procedían Dios sabía de dónde y aguardaban volver al frente. Llegaron en masa, inundaron la casa, la invadieron y pasaron las noches despiojándose y lavándose. Se excusaban por las molestias que proporcionaban y se echaba de ver que los pobres diablos no estaban todavía habituados a la grosería. —Nosotros muy sucios, Madame, pero buenos chicos. Lise y Berthe, una vez despiertas, se sentaron al lado del fuego, sin pensar siquiera en reanudar su sueño y les contemplaban en sus idas y venidas. Era la primera vez que Berthe veía soldados tan jóvenes, muchachos tan frágiles, enfundados en aquel pesado uniforme. Se mostró horrorizada, y ella misma, la irreductible, acabó por proponer a Lise: —Les vendría bien una taza de achicoria. Cuando vieron aquel líquido caliente y negro dispuesto para ellos, que no habían pedido nada creyéndose intrusos y malditos, se conmovieron emocionados hasta saltárseles las lágrimas. Bebieron con gratitud el líquido y dijeron: —¡Ah, Madame, Madame, si pudiéramos regresar a nuestras casas y volver después de la guerra para darle las gracias...! ¡Pensar que vamos a matar hombres cuando no nos atreveríamos ni a matar un conejo...! Al día siguiente les dieron patatas de sus suministros y, dándose cuenta de que Pierre les contemplaba mientras comían, le llenaron y le sirvieron un plato. Pierre se las llevó a Lise y Berthe y desde entonces lo repartieron todo mientras estuvieron en Herlem. Berthe sentía gran simpatía por aquellos muchachos. Hallaba en ellos la misma desilusión, la misma impresión que demostraban los sinceros, los ingenuos y cándidos. Ellos mostraban hacia los superiores, hacia los jefes, el sufrimiento infinito de las privaciones, la ausencia de los seres queridos, el hambre, el odio al gendarme alemán, al «diablo verde». Detestaban a Puerro espigado, el policía alemán de Herlem, y se burlaban de él, le enviaban a paseo y tomaban partido por los habitantes. Avisaban a Berthe cuando sabían que iba a haber un registro. Escondían las escasas provisiones de ellas en sus paquetes, entre sus equipos, y luego contemplaban con aire burlón cómo Puerro espigado hurgaba todos los

rincones de la posada. Hacia los labradores acomodados y los ricos, sentían el mismo desprecio, el mismo odio. Por la noche iban a robar a las conejeras y los gallineros, volviendo cargados de volátiles. Otras veces mataban un ternero o un camero en los pastos y se repartían la carne con Berthe. Esta sentía por los jóvenes verdadera ternura. Ellos le hablaban de su familia, la escuchaban con expresión filial y le decían pequeñas confidencias, explicándole que habían abandonado la escuela, que aún cursaban el bachillerato, que tenían a su madre lejos y que la echaban mucho de menos. En ellos se advertía, al mismo tiempo, la costumbre de verse odiados, tratados como enemigos por aquellos pueblos invadidos, unida a la invencible juventud de espíritu que se manifestaba al primer testimonio de confianza y de amistad. Una palabra amable, una frase de compasión, bastaba para que se entregaran enternecidos, emocionados, como niños que se confían a quien les demuestra un poco de interés y de piedad. Y no eran más que niños. Entre ellos estaba Karl, el animoso Karl, hijo de unos pequeños comerciantes de Baviera... Había estado de permiso en su casa antes de partir para el frente y había vuelto con un reloj de pulsera de níquel. Las cifras y las saetas eran fosforescentes. —Así podrás verlas de noche en la trinchera —había dicho su madre, al entregárselo. ¡Un reloj luminoso! ¡Qué orgullo para Karl! El primer día de su regreso, bajó diez veces a la bodega con la vieja Berthe para admirar la esfera luminosa. Se reía solo, de admiración. También estaba Reynold, cuya madre trabajaba en Essen en las fábricas de obuses. Tenía aire tranquilo y un rostro pálido. Se preparaba para ser contable cuando la guerra había interrumpido su sueño. Durante su estancia en Herlem, tomó gran afecto al conejo blanco que era el predilecto del pequeño Pierre. El conejo se llamaba Arthur. Todo el día lo pasaba Reynold junto al fuego o en el suelo de la cocina con Arthur en sus brazos. Le rascaba entre las orejas, lo acariciaba como si fuera un gato, jugaba con él, le besaba el morro y se reía como loco. Arthur arrugaba su morro inquieto y agitaba sus inmensas orejas. Entre el muchacho y aquel animal se había establecido una verdadera amistad. Wilhelm era un pequeño aldeano, robusto y macizo, que trabajaba de la mañana a la noche. Cavó, rastrilló y sembró el huerto de Berthe. Cortó el heno y expurgó los perales. Trabajaba con entusiasmo, manejando las tijeras, el azadón, el rastrillo, volviendo radiante y satisfecho a la posada cuando anochecía. Y, enfrascado en aquellas tareas, se olvidaba por completo de la guerra. Resultaba difícil imaginarse que aquellos muchachos irían al frente, irían a matarse. Berthe y Lise se sentían temerosas por ellos. ¿Cómo era posible odiar a aquella pobre juventud? A la vieja Berthe le recordaban sus dos hijos y llegaba a olvidarse de que eran alemanes. Les cuidaba, les lavaba la ropa, les reprendía y les profesaba a todos gran afecto. Con una especie de vergüenza confesaba a Lise: —Me cuesta creer que no son mis hijos. Otros ayudaban a Lise. Robaban para ella fardos de tejidos de los camiones que pasaban hacia Roulers. Un fardo contenía doce sacos plegados hechos del tejido de lana de Roubaix, que iban a pudrirse al frente como sacos terreros. Vaciaban los paquetes y se los repartían. Con aquella tela, Lise hacía vestidos de niño e iba a venderlos al pueblo. Los soldados descosían los sacos y enviaban la tela a sus familiares de Alemania. Frecuentemente, acompañaban también a Lise a Roubaix, adonde no podía ir sin salvoconducto. Ellos la escoltaban y de aquella manera podía llevar legumbres a la ciudad y regresar con comestibles. Schumann, el enlace, iba cada semana a Bruselas en moto y regresaba con azúcar, que Lise revendía. Todos vivían de ese continuo traficar. También vendían muchas patatas. Diariamente llegaba un carro con el suministro de los soldados. Lise estaba de acuerdo con los que se ocupaban de la descarga. Ellos se las arreglaban para distraer al conductor y, mientras uno hablaba con él, otro hacía caer en una zanja un saco de patatas que más tarde iban a recoger. También robaban mucho trigo a los labradores, deslizándose boca abajo por los campos y cortando las espigas con unas tijeras. Aquellos alemanes llevaban una vida muy ruda. Cada mañana hacían varias horas de instrucción. Les obligaban a hacer largos recorridos con todo el equipo, y muchos caían agotados sin poder resistirlo. Bajo sus enormes capotes, sus botas y su voluminoso equipo se veía que no eran más que niños, de miembros delgados, frágiles y rostros apenas sombreados por el bozo. Los que caían agotados demasiado pronto eran atados a un poste como castigo. Una mañana, supieron que partirían aquella misma tarde. Tenían miedo. A través de la bruma se fueron en dirección a Yprés. Desfilaron por el camino del monte pasando delante de los hornos de cal. Cantaban el Gloria: ¡Gloria, Victoria! Con el cuerpo y con el alma Por la Patria... Muchos saludaban con la mano a los Sennevilliers. —¡Adiós! ¡Adiós! Y Berthe les respondía, llorando: —¡Nuestros soldados! ¡Nuestros soldados! Habían llegado a ser «nuestros» soldados. Su odio estaba ya olvidado. TERCERA PARTE. Capítulo Quinto. 3. En la cantera trabajaban prisioneros italianos. Los alemanes habían vuelto a encender los hornos y en ellos se incineraban los muertos del frente. Estaban construyendo una vía férrea desde el frente a Tourcoing, así como abrigos de hormigón armado, blocaos y plataformas para cañones. Se percibía poco a poco la retirada de los alemanes bajo la presión de los vencedores. La línea de fuego se acercaba a Herlem. Los prisioneros eran horriblemente desgraciados. Al anochecer se evadían, saltando las empalizadas de su campamento y llamaban a la puerta de los Sennevilliers, permaneciendo allí horas y horas para calentarse y tanto unos como otros se exponían a terribles castigos, pero, a pesar de todo, los Sennevilliers les acogían de buen grado, incapaces de cerrarles la puerta

y de negar un poco de fuego, agua caliente y luz a aquellos desgraciados. Se habían habituado de tal manera a ver siempre caras extrañas en su casa, que aquello era para ellas completamente normal. De los jóvenes soldados alemanes, los pobres Marie-Luise enviados a la línea de fuego para intentar el esfuerzo supremo, no había vuelto ninguno. Habían sido demasiado jóvenes, excesivamente inexpertos... Por boca de otros, de los veteranos, se supo que su regimiento había sido completamente aniquilado. Los que llegaron eran mucho más feroces. Cuatro días después de su llegada, encontraron a Puerro espigado estrangulado en la carretera, con una cadena de acero alrededor del cuello. La Kommandantur acusó a la población civil, y el pueblo fue castigado con el toque de queda a la una, durante quince días. Parecían salvajes. Llegaron comidos por los piojos, horriblemente sucios, no teniendo bajo su uniforme más que lamentables jirones de ropa interior, devorados por una disentería incurable. Embrutecidos y bestializados, jugaban interminablemente a las cartas al sol, bebían Goldwasser y no pedían más que una cosa: vivir tranquilos allí, no volver al frente y no ver jamás la línea de fuego. Estaban hartos y no querían siquiera andar. Con frecuencia les llamaban de noche para la guardia o para ir a primera línea a llevar el rancho, las municiones y los víveres, o bien iban a buscarlos con urgencia para dar un golpe de mano en algún lugar del frente. Ellos se negaban a cumplir aquella obligación. Permanecían en sus lechos, jurando e insultando a Lise y Berthe, que iban a llamarles, a suplicarles, a decir que les fusilarían si no se levantaban. Era necesario arrancarles de la cama y ponerles en pie... No podían dejar que les fusilaran por indisciplinados. Se marchaban llenos de rabia, furiosos o bien llorando como niños. Aquello contribuía a estrechar la amistad con ellos. Uno de aquellos soldados tenía un nombre tan complicado que siempre lo olvidaban. Por eso le llamaban con el nombre de su oficio, «el tonelero». Hizo tinas para Berthe y Lise y también les reparó la trilladora. Era necesario pelearse literalmente con él cuando le llamaban para un relevo. Una noche, cuando iba a llevar una caja de municiones, fue muerto. Max tenía el escorbuto. Era un muchacho corpulento y rubio, hermoso como un Apolo. Se lavaba con limón y aceite sus encías sangrientas y supurantes. Aullaba al hacerse la cura. Hablaba de desertar, de pasar un día u otro las líneas y rendirse. En los bolsillos llevaba manifiestos de Lenin e impresos en los que se hablaba de república. Fue tres veces a la línea de fuego y la tercera ya no volvió. Julius, su camarada, tenía la fiebre de las trincheras, una de aquellas enfermedades nuevas que no eran más que una manifestación de agotamiento. Cuando le acometía la dolencia, se pasaba la noche delirando. Aunque no se atrevía a decirlo, debía sentir algo, una vaga ternura secreta hacia Lise. Plantó un árbol en el huerto, un retoño de castaño que le dedicó como un recuerdo suyo. Lo mataron la primera noche que fue a hacer guardia a las trincheras. Y así siempre, siempre... Así pasaron centenares y centenares por la posada de los Sennevilliers. Partían una y otra noche y se sabía que ya no volverían más. Se reunían en la plaza del pueblo, seguían el camino del monte y pasaban delante de la posada. El orgullo alemán seguía alentando en ellos. Antes de dejar atrás la última casa, tenían el orgullo de cantar su himno de guerra, su Gloria, grave y lento, fúnebre, sin alegría, sin entusiasmo, monótono, propio de la cadencia de las legiones en marcha, de los hombres que van hacia la muerte: ¡Gloria, Victoria! Con el cuerpo y con el alma Por la Patria... Los que lo han oído cantar en aquellas horas trágicas, entre el pisar de botas, el estruendo de los furgones y el sordo rodar de los cañones, cantado por millares de hombres, en marcha hacia el frente al caer la noche, no olvidarían jamás su terrible grandeza. Había algo patético en aquel sacrificio desesperado de un pueblo. La miseria era horrible entre los alemanes. Vivían de rutabayas y robaban a los franceses, que a su vez morían también de hambre. Del espléndido Ejército de los primeros tiempos no quedaban más que restos, una caricatura; batallones de viejos exhaustos, de mozalbetes o de raros supervivientes que habían hecho cuatro años de guerra y que semejaban locos. Se veían también muchos locos. Les estaba reservado un inmenso campo cerca del de los prisioneros italianos. A pesar de estar locos, tenían que trabajar. Encendían los hornos, incineraban a los muertos o reparaban las vías férreas bajo la dirección de heridos o inválidos. Cuando más abstraídos estaban en su trabajo, se les veía detenerse súbitamente, hacer grandes saludos al aire o bien arrancarse los pelos entre lamentos. Aquellos eran los más débiles. Los gendarmes alejaban a las gentes que acudían a contemplarlos. El material estaba tan consumido como sus hombres. No quedaban más que cañones deteriorados y reparados, acabados, aprovechables para desecho, chatarra vieja y enmohecida, uniformes descoloridos, del color de la arcilla, pertenecientes por lo menos a diez muertos y que servían por lo menos a otros diez vivos. Pues los uniformes de los que caían se utilizaban para las nuevas levadas. A los hornos llegaban largos cortejos de muertos desnudos, procedentes de los hospitales, atados de cuatro en cuatro en sentido inverso y sostenidos por aros de hierro remachados mecánicamente, como los que sujetan los fardos de lana. Así se les incineraba en los hornos. Los del frente llegaban vestidos por medio de lo que llamaban un tren, un Decauville, cuya vía unía Tourcoing y sus hospitales con la línea de fuego, pasando por Herlem. Los soldados encargados de la fúnebre tarea desnudaban a aquellos muertos, los incineraban y las ropas volvían a tomar el camino de Tourcoing. Los jefes no eran incinerados. Tenían reservado un pequeño cementerio cerca de la cima del monte. Llegaban metidos en un ataúd de pino, una caja rectangular como la de los hospitales,

muy ligera. Sin embargo, en la última época se les sacaba del ataúd, que servía para otros, y se les enterraba tal como estaban. Algunas veces llegaban al cementerio gentes de Alemania. Lise recordaba siempre la visita de un anciano y su esposa, ambos de riguroso luto. En Tourcoing les habían dado un cabriolet con un viejo caballo enganchado y un soldado como cochero, para conducirles hasta allí. Debían ser muy ricos. Llevaban flores a una tumba y se marcharon en el pequeño carruaje con el soldado. La anciana lloraba. ¿De qué rincón de Alemania habrían llegado a través del espantoso espectáculo de su país y de la Francia invadida, a llorar sobre aquella tumba? El fin... el fin... Se aproximaba de día en día, cada vez más cercano, más indudable. Había llegado el otoño. Estaba cerca el invierno y sería imposible resistirlo. Los alemanes habían dado de comer trigo verde a sus caballos antes de la ofensiva de julio. Personas y animales se morían de hambre. Los caballos no eran más que risibles caricaturas, jamelgos escuálidos e irreconocibles. Los hombres no le iban a la zaga. El exceso de miseria mataba todo patriotismo. Hacía demasiado frío y estaban demasiado hambrientos. Les daban por día una escudilla de nabos mal cocidos, un poco de agua química y un poco de confitura de glucosa. Los soldados se avergonzaban de mostrar su escudilla a los franceses y se escondían para comer. Los uniformes estaban hechos jirones y no tenían ropa interior. Bajo el grueso uniforme, bajo aquella especie de coraza que hasta el último instante ocultó todas las miserias, iban sin camisa o con ropa interior de mujer, robada aquí y allá. No había tabaco ni dinero, e incluso la alianza, el anillo de boda de los que estaban casados había sido sustituido por un anillo de acero niquelado que sorprendía a las buenas gentes de Herlem. El oro había sido entregado para Alemania. Sí; aquello era el final... A medida que se aproximaba, el ritmo de la existencia de aquellos desgraciados se convertía en frenético. Siempre marchando, siempre andando, de relevo en relevo, de guardia en guardia, sin reposo, sin tregua. Regresaban de la línea de fuego extenuados, deshechos, con barro hasta la cintura. Se lavaban, descansaban y cuando apenas habían tenido un respiro, tenían que ponerse nuevamente en camino en seguida. Marchaban entre juramentos y sollozos. Los pies hinchados apenas podían soportar las botas y tenían que ponerse la guerrera aún mojada y sucia. Partían así, con la desesperación en el alma y teniendo que cantar, a pesar de todo, su Gloria. No se veía más que un desfile continuo, un rodar de hombres que pasaban; se iban y no regresaban más. Ejércitos enteros parecían derretirse. Era algo horrible. Al final acabaron por echarse la culpa los unos a los otros. El sajón odiaba al prusiano y este detestaba al bávaro. En el ocaso del Imperio, las nacionalidades se reconstituían. Los bávaros acusaban al emperador y los prusianos al rey de Baviera. Cuando tenía que partir un regimiento sajón instalado en los hornos y sabía que sería relevado por otro prusiano, devastaban el campamento antes de marchar, rompiendo los hornos y los ladrillos, destruyendo las empalizadas, quemando o enterrando lo que no podían llevarse. Preferían dárselo a la población civil, a los franceses, que a sus compatriotas. También comenzaba a hablarse de república. Entre los soldados circulaban manifiestos firmados por Lenin y Trotski, que decían: Hermanos soldados: El ejemplo luminoso de vuestro hermano Liebknecht, los sucesos revolucionarios en la flota alemana, nos prueban que estáis decididos. Ayudadnos, seguid con nosotros la bandera de la paz... ¡Viva la paz! ¡Viva la Revolución Social! LENIN-TROTSKI. Había también octavillas atravesadas por una banda negra, roja y amarilla, que decían: REPÚBLICA. La siguiente orden ha sido dada a los Ejércitos franceses: quien se entregue prisionero a los franceses pronunciando la palabra «República», no será tratado por ellos como prisionero de guerra. Todos los que lo deseen podrán colaborar con nosotros en la emancipación de Alemania. Esta guerra no terminará hasta que sea abatido el espíritu prusiano de los militares y de los junker... Tal propaganda obraba sus efectos, y muchos desertaban. Vendían su modesto equipo a la población civil y una noche cualquiera se iban hacia Menin e Yprés para no volver ya más. Otras veces llegaron unos cincuenta de golpe a casa de los Sennevilliers. Llevaban un carro lleno de vituallas y de sacos, tirado por un viejo caballo blanco y gigantesco, de enorme delgadez anatómica. Se lavaron, hicieron café, comieron y dieron de comer al caballo. —La guerra terminará, Madame. Nosotros partir, nosotros prisioneros... ¡No más guerra! ¡No más kaputt! Hacia las diez de la noche, volvieron a cargar su carro, se despidieron de Lise y se fueron hacia el frente con el esquelético caballo. Comenzó a correr el rumor de que los franceses se aproximaban a Menin. La población evacuó el pueblo y se les vio pasar por Herlem. Día tras día, atravesó la aldea un cortejo lamentable y grotesco, formado por carretillas, cochecitos de niños, traillas de perros, cerdos, gatos y jaulas con sus canarios. La vieja Berthe no podía contener la risa. Aquella gente estaba loca por llevarse tantas cosas inútiles, tantas pequeñeces... Y en dirección contraria pasaban otras caravanas, grupos siniestros de vagabundos que iban a saquear las ruinas de Halluin. Entre ellos, bribones, mozalbetes y hasta muchachas, que sabían que el pueblo había sido evacuado y que entraban en las casas deshabitadas, regresando con montones de trapos, de ropa blanca, de alfombras, de mantas, de cacerolas y de vajilla. Los pueblos como Halluin fueron botín de la población civil más que del enemigo. En la población de Herlem se comenzó a hablar de evacuación. Lise y Berthe comenzaron a preparar sus cosas. Berthe amontonaba ropa blanca, recuerdos y objetos diversos, llenando enormes sacos y dándose cuenta luego, con gran desesperación, que no podían levantarlos.

Entonces rebuscaba y elegía, lamentándose de no poder llevárselo todo, sin darse cuenta de que, al fin y a la postre, no hacía más que imitar a los habitantes de Halluin, de quienes tanto se había reído antes. Comenzaron a caer obuses sobre el pueblo. Todas las noches había combates aéreos en lo alto. Se percibía ya claramente el resplandor del campo de batalla, las estrellas fugaces de los cohetes y el resplandor de los obuses, semejante a inmensas sangrientas auroras boreales. Las dos mujeres siguieron empaquetando sus pobres efectos, enterrando todo lo que no podían llevarse consigo. Una mañana apresaron a Lise cuando sacaba vituallas de Tourcoing. Berthe corrió a casa de Judith. Gracias a ella, Lise no fue encarcelada, pero tuvo que trabajar para los alemanes, arrancando las patatas y las remolachas. Unas quince mujeres hacían aquella tarea en las laderas del monte Herlem. Sobre su cabeza tenían una batería de obuses que disparaban sobre Geluvelt y sobre Yprés. Y los cañones ingleses respondían bombardeando Herlem. Se echaban al suelo cuando un obús pasaba demasiado próximo. Y al anochecer, Lise volvía a su casa con los bolsillos y el corpiño llenos de patatas robadas. Todo lo que se recolectaba era trasladado a la retaguardia, después de ser pesado, intervenido y contado por la Kommandantur. Hasta los últimos momentos, la Kommandantur siguió siendo un rígido e incomparable instrumento de gobierno y de opresión. El Ejército se disgregaba, la línea de fuego se aproximaba cada noche y la revolución hervía. Pero la Kommandantur seguía alejada de aquel mundo del frente y del fuego. Siempre había existido un abismo entre ella y los combatientes. Se odiaban e incluso llegaban a discutir entre sí. El comandante de una plaza como Roubaix, gran banquero de Francfort, había pagado a peso de oro el derecho de permanecer en la retaguardia. Aquello era sabido por todos. Y semejante divorcio hacía que cuando el Ejército estaba en plena derrota, las Kommandantur siguieran imperturbablemente su papel, recogiendo la cosecha, dictando órdenes, poniendo carteles hasta el último segundo, construyendo locales, abriendo carreteras, preparando las siembras. La víspera de su partida todavía fijaban bandos en la plaza. «Ordeno...». La actitud era desorientadora. Unos decían: —¡Se van! Y otros: —¡Se quedan! ¡Construyen! ¡Plantan...! Herlem comenzó a ser bombardeado con frecuencia. Se presentía la evacuación general; mucha gente se marchaba de antemano. No permanecía en el pueblo más que un cuarto de la población. Pero los Sennevilliers no querían ser de los que se marchaban voluntariamente. «¿Qué hacer, adónde ir, con una vieja, un niño y un niño de un año?», pensaba Lise. Y encerrados en la posada, escuchaban el silbido de los obuses y de las bombas. —Pronto habrá terminado todo —decía Lise—. Es el fin, el fin..., el fin... —No llegará nunca este fin. Mi hijo ha muerto —decía Berthe—. Para mí no terminará nunca... (*gilbert derby university*).

## **Audiolibro Invasi N M Van Der Meersch 3 Parte Cap Tulos Iii Iv**

**V**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

<https://Ensayo.icu>